

Lucía Alonso Ollacarizqueta

Pensando en África

Una excursión a los tópicos del continente

Manuscrito original revisado en 2020 de la obra publicada
por Icaria editorial en 2000

Para Keith M. Elliot

Lo que comanda el relato no es la voz: es el oído

ITALO CALVINO, *Las ciudades invisibles*

Introducción a la edición digital

Casi dos décadas después de que apareciese en papel esta obra, creo conveniente reproducirla también en formato digital y lanzarla al ciberespacio, en el que ya se encontraba algo despiezada, aunque no por mi mano ni por la de Icaria editorial, que a la sazón la publicó en su versión impresa. Lo creo conveniente porque, como hace veinte años, sigo pensando que África y los africanos merecen otro trato. Cabía esperar, y con esa ilusión escribí *Pensando en África*, que el devenir trajese enfoques menos condicionados por el pasado negrero y colonial, pero, si bien hoy en España se habla más de África, temo que la forma en la que se hace es muy parecida a la de antaño.

Habrá quien considere que el primer capítulo está anticuado, y estará en lo cierto, pues a los avances tecnológicos de los medios de comunicación convencionales, se han sumado nuevos sistemas conectivos, incluidos los medios sociales, pariendo nuevas formas de informar y de informarse. Así, actualizarlo requeriría una investigación amplia y exhaustiva que rebasa el propósito de la presente edición. Además, encuentro que mantener el primer capítulo en su redacción original puede servir de referencia. También podría haber ampliado el resto de los capítulos, pero he preferido dejarlos como estaban precisamente porque pueden suponer el punto de partida de investigaciones y ensayos futuros, tanto ajenos como personales.

De manera especial quiero expresar mi agradecimiento a Antonio Bel Puchol, cibernauta avezado y veterano, sin cuyo apoyo *Pensando en África* nunca hubiera podido zarpar para surcar los procelosos mares algorítmicos.

Índice

Introducción a la edición digital

Agradecimientos

Nota sobre topónimos y grafías

Introducción

1. La imagen de África

1.2 Noticias de África

1.3 Información (en singular)

1.4 La realidad fragmentada

1.5 Confluencias y lagunas

2. El olvido de la historia

2.1 Un paseo por el Índico

2.2. De controlados a controladores

2.3 Piedra sobre piedra

2.4 Arreglando el pasado

2.5 Descripciones del presente

3. La *otredad* africana: temas para una composición

3.1 El álbum de fotos

3.2 ¿Quiénes somos?

3.3 La palabra

3.4 Distantes, extraños y enemigos

3.5 ¿De dónde venimos?

3.6 ¿Dónde estamos?

4. Tiempo, historia y perspectiva

Bibliografía

Agradecimientos

Este libro ve la luz gracias a las muchas personas que me han acompañado durante este curioso periplo. Mi agradecimiento a Icaria editorial, y especialmente a Anna Monjo Omedes, que se arriesga a publicarlo; a Mariano Aguirre por su confianza; a las compañeras y compañeros del Seminario de Investigación para la Paz, y a su director, Jesús María Alemany, que sufren comprensivos mis vehemencias y de quienes tanto he aprendido. Gracias a mi familia y a todas las personas que me rodean y siempre están ahí.

Mi especial agradecimiento a Basil Davidson, a cuyas obras tanto debo, incluso el título de este libro. Gracias a quienes he utilizado como fuentes, a quienes me han pedido artículos y charlas, a las audiencias y lectores, porque me han ayudado a construir el entramado de estas páginas; gracias a Lucía Ollacarizqueta y a Miguel Alonso, por su ayuda para que en el apartado sobre el concepto del tiempo «no escribiera ninguna barbaridad» desde la perspectiva de la física y las matemáticas; gracias a Federico Abizanda, por conseguir que entendiera, entre otras muchas cosas, la teoría del desarrollo de Rostow y además por ser cómplice en la pasión por África; y gracias a Marta y Nieves Alonso Ollacarizqueta, Carmen Magallón, Yolanda Melero y Consuelo del Val por su apoyo y su ayuda durante el proceso de redacción.

Mi profundo agradecimiento a todas las personas que he conocido en África, muy especialmente la que fuera mi compañera de trabajo, Ndanatsei Mudokwenyo, porque fueron quienes me abrieron sus puertas a otras realidades. Y ¿cómo no? gracias a mi madre por la lectura prenatal.

Nota sobre topónimos y grafías

Mientras preparaba y redactaba este texto he descubierto las variadas grafías que, incluso en castellano, se utilizan para designar los países y ciudades de África. Algunos autores o publicaciones, alegando razones varias, sustituyen por ejemplo la w por la u (Ruanda por Rwanda) o la y por la i (Kenia por Kenya), u omiten la h (Lesoto por Lesotho), lo que en el caso de las antiguas Rhodesias enmascara el egocentrismo de Cecil Rhodes (que por algo les puso su nombre) para convertirlas en meras Rodesia. En algunos casos, también se enmiendan las grafías francesas para transformar, por ejemplo, a la ciudad de Ouagadougou en «Uagadugu».

Por el contrario, aún no he encontrado a las islas Seychelles convertidas en «Seichel»; ni tampoco a la ciudad de Kampala, en «Campala»; o a Windhoek, en «Windjuk» o incluso «Bintjuk».

Espero que la Real Academia Española me perdone por no utilizar los topónimos y gentilicios que incluye en su *Gramática de la Lengua Española*, pero personalmente, los cambios mencionados me confunden y me evocan el horror de dedicar un tiempo, en mi opinión innecesario, a identificar de qué lugar me hablan en libros y artículos o a buscar, en atlas de distintas lenguas, lugares cuya grafía casi hay que adivinar. Además, acostumbrada a leer y escribir Zimbabwe, «Zimbabue» me resulta desfigurado. Por ello, he optado aquí, excepto en las citas y en casos complejos como Camerun,¹ por las grafías que, según mis informes, se utilizan localmente. Simplemente por respeto.

1. En francés, Cameroun, en inglés Cameroon; y las dos lenguas son las únicas oficiales en el país.

Introducción

Las páginas que siguen son en realidad la crónica de un proceso personal, la historia de una larga, aunque secreta, relación con África.

Cuenta mi madre que mientras yo me decidía a aparecer en este mundo, ella se distraía leyendo una novela cuyo protagonista era un fornido hechicero africano. Y aunque los recuerdos son vagos, la descripción de Obamburimbo —este era el nombre del hechicero— evocaba la imagen decimonónica de los africanos ofrecida en tantas ilustraciones de aquella época y de otras posteriores.

Esa imagen, reforzada más tarde por lo que iba leyendo y escuchando, se consolidó en mi mente con el paso de los años. Y así, cuando un día aterricé cerca de Harare, la capital de Zimbabwe, reconozco con vergüenza que me asombró hacerlo en un aeropuerto convencional. A partir de aquel momento, nada de lo que fui conociendo se ajustaba a la visión de África que desde Europa me había llevado.

Para enfrentarme con una realidad tan distinta de la que había concebido, intenté arrinconar mis «conocimientos». Y tal vez lo conseguí, porque cuando volví a Zaragoza, al cabo de varios años, me resultaba ímprobo contar lo que había visto y oído, pues las personas a mi alrededor esperaban otros relatos.

La disparidad entre lo que mis allegados pensaban y la realidad que yo había vivido me llevó primero al silencio y después al empeño en describir aquello que nadie parecía querer imaginar. Y mientras, reflexionaba sobre el origen de esa disparidad.

Los medios de comunicación me dieron una primera pista:

me irritaba la forma en la que transmitían las noticias sobre África. Al principio atribuí los sesgos en la información a la propia dinámica de los medios, pero ¿no jugaba el desconocimiento un papel importante en aquella desviación?

Durante algún tiempo busqué la respuesta en los anales de la historia y descubrí con admiración y desconcierto cuán rico era el pasado del llamado continente negro, un pasado vasto y diverso. Si la historia de África era aquella, ¿por qué no aparecía en los libros de texto? ¿Por qué había sido relegada al olvido en Occidente?

Fue entonces cuando comencé a entender que el silencio no se debía sólo a sucesos históricos como la trata de esclavos en masa o el reparto que de África hicieron las potencias coloniales en 1885. Tras la omisión se escondían ladinamente los conceptos, las ideas comunes, el acervo en fin que configura nuestra forma de pensar y de ver el mundo, lo que los alemanes denominan *Weltanschauung*.

Confieso que en algún momento me tentó renunciar a ese acervo, pero en el camino descubrí que era precisamente esta forma de ver y pensar el mundo la que me empujaba a diseccionarlo. Por eso estas páginas sólo pretenden invitar a la reflexión sobre cómo y por qué vemos a África y a los africanos tal como lo hacemos, en la esperanza de que así podamos devolver al continente y a sus habitantes la dignidad y la *humanidad* que durante tanto tiempo les hemos negado.

1. La imagen de África

Si no tenéis tiempo para escuchar mi relato, os lo contaré otro día

NARRADORES ORALES

Decir *África* es conjurar un universo extraño y exótico: un continente en el que se mezclan desiertos, selvas y sabanas sin clara solución de continuidad. Decir *África* es invocar las figuras de *masáis* y *bosquimanos*, de leones y elefantes, de pueblos primitivos y de animales salvajes; decir *África* es hablar de pobreza, de hambre, de enfermedad, de guerras...

De *África* se dice que es *el continente negro*, que es un continente *salvaje*, un continente pobre; de los africanos, que todos son negros, que su cultura es pobre y está anclada en atavismos, que no saben cuidar de su entorno y que sus creencias religiosas tradicionales no son sino un cúmulo de supercherías; siempre enzarzados en guerras y a merced de dirigentes corruptos, los africanos no pueden (o no saben) gobernarse; *África*, se concluye, no tiene futuro.

Quizá estas afirmaciones resultan excesivamente explícitas (hoy se diría que no son políticamente correctas) y sólo en contadas ocasiones «se escapan» en público, tal como le sucediera recientemente a un conocido líder nacionalista cuando afirmó que el problema del País Vasco se estaba presentando como si se tratase de la guerra... ¡entre hutus y tutsis!

Pero anécdotas aparte, encuestas y estudios demuestran que seguimos viendo a *África* y a los africanos como pobres y salvajes. En las páginas que siguen no se entra en el debate,

siempre controvertido, sobre la exactitud de esa imagen; más bien se intentan analizar los elementos que forjan su construcción.

Los resultados de un reciente sondeo, muestran que, en efecto, el 75% de los encuestados asocia África con pobreza, hambre y enfermedad.² Si tenemos en cuenta que las ideas no surgen por generación espontánea sino que son el resultado de las reflexiones sobre la información que vamos adquiriendo, y que ésta procede tanto de nuestra propia experiencia personal, como de la ajena, que los demás nos transmiten de forma diversa, merece la pena examinar qué información recibimos y a través de qué medios.

1.1. Noticias de África

Y si hablamos de medios, pensamos por antonomasia en los medios de comunicación —prensa, radio, televisión— dado el preponderante papel que juegan como transmisores de información en la actualidad. No obstante, considerar los medios de comunicación, para ser más precisa, sus servicios informativos, como fuente cuasi exclusiva de información entraña una pequeña trampa: olvidar que para ellos la información ha de ser noticia.

Para que lo sea, es necesario que el acontecimiento en cuestión responda a los criterios periodísticos que definen lo que es noticia (interés para la audiencia, actualidad, importancia de los actores, etc.), aunque ni periodistas ni estudiosos parecen haber encontrado una definición clara. A la postre, que un aconteci-

2. Encuesta de ámbito nacional realizada del 18 al 28 de mayo de 1998 entre 2.000 personas, con edades entre 16 años y 65 años, por Instituto DYM para Intermón, con un margen de confianza del 95,45%.

miento se califique como noticia depende de los criterios personales de quien la propone, pero sobre todo de los criterios de quienes la seleccionan (editores, jefes de sección, comité de redacción) que a su vez han de atenerse a la línea editorial, o sea a los principios, del medio para el que trabajan.

Además, la noticia está condicionada por otros elementos más o menos ajenos a su condición de tal: desde la competencia con otras noticias, o incluso con la publicidad, para conseguir apenas medio minuto en un espacio informativo o unas líneas en el periódico, hasta la infraestructura logística que proporciona las imágenes. Y este factor es de especial relevancia para la televisión, porque en este medio si no hay imágenes, no hay noticia.

Al final, la noticia se determina en función de criterios que desbordan el concepto clásico de información periodística; criterios dictados en no pocas ocasiones por las exigencias que comporta concebir la información como un negocio o incluso como un espectáculo.³

En consecuencia, para superar con éxito todos esos filtros, para que un acontecimiento en África se considere noticia aquí, ha de tratarse de una catástrofe, natural o humana, de proporciones desorbitadas (aunque incluso siendo tal, no siempre se le preste atención); o bien que la languidez del estío, con su sequía de eventos ocasione ese vacío informativo que hay que rellenar de algún modo.

Salvedad expuesta, ¿qué nos cuentan de África los medios de comunicación? Para empezar, poco. Tomo como ejemplo, porque me parece un buen exponente de las noticias recogidas

3. V. Noam Chomsky e Ignacio Ramonet, *Cómo nos venden la moto*, Icaria, Barcelona, 1995.

en el diario, la cronología del ámbito internacional que presenta el *Anuario EL PAÍS 1999*: de las 1.126 entradas que contiene en total, 88 (o sea el 7,8%) se refieren a África, y de éstas, 40 hablan de Argelia, Marruecos y/o el Sahara Occidental. De las 48 entradas restantes (el 4,26% del total), 9 tienen como protagonistas a 'otros' (las visitas del Papa Juan Pablo II y del presidente Clinton a África, la implicación de Francia y de EEUU en la guerra de Rwanda en 1994, etc.). De modo que en realidad sólo 39 entradas (el 3,5% del total) se ocupan del África subsahariana.

También creo que merece la pena destacar la secuencia de estas entradas: si la media de entradas por mes es de unas 94, cabría esperar que en la página dedicada a cada mes hubiera alrededor de 3 entradas sobre el África al sur del Sahara. Sin embargo, en enero, febrero, noviembre y diciembre no se registra ninguna, en tanto que en junio hay 8, las mismas que en julio y agosto.

¿A qué se debe esta relativa acumulación de menciones durante los meses de verano? En principio pensé que podía atribuirse a la inversión de las estaciones en uno y otro hemisferio: si, por un lado, consideramos el invierno como la estación más activa, y por tanto la que más noticias produce; y, por otro, que el invierno en el hemisferio sur se corresponde con los meses de junio, julio y agosto, en buena lógica el aumento de las noticias sobre África en esos meses será el reflejo de una mayor actividad en esa zona del globo.

Por desgracia, este argumento olvida que una parte nada despreciable de África se encuentra al norte del Ecuador y además omite un factor climatológico de gran relevancia en el África subsahariana: la lluvia. La temporada de lluvias, con sus precipitaciones torrenciales, refrena la actividad mucho más que el frío, apenas perceptible tan cerca del Ecuador. Y si bien

en la zona más austral, la época lluviosa se corresponde en cierta medida con el invierno del hemisferio boreal (por ejemplo en Zimbabwe el cielo se desgarrá de diciembre a abril), no sucede lo mismo en las regiones al norte dicho círculo o más cercanas a él (como en Burkina Faso donde suele llover entre junio y septiembre).

A pesar de lo cual, el hecho es que África salta con mayor frecuencia en verano que en invierno a las páginas de los periódicos, a las pantallas y a los receptores, pero no porque pasen más cosas allí, sino porque aquí se produce una especie de laxitud informativa en torno a las fechas veraniegas.

En este sentido, al revisar las ediciones de *EL PAÍS* correspondientes a los meses de agosto y diciembre de 1998, observo que durante el mes de diciembre aparecen 11 noticias sobre África subsahariana y que 3 de ellas se publican el día 28 de diciembre («Luanda culpa a UNITA del derribo del avión de la ONU en Angola», «Dos presuntos rebeldes, quemados vivos en la capital de Sierra Leona», «Linchada una mujer en Suráfrica tras reconocer que padecía SIDA»). En el mes de agosto, la incidencia es mayor: todos los días aparece al menos una noticia referente a algún lugar del subcontinente.

De hecho, el 26 de agosto de 1998, la página 6 del mencionado periódico está dedicada a África, con dos noticias centrales («Dos muertos en un atentado contra el Planet Hollywood de Ciudad del Cabo» y «Aviones de Angola y Zimbabue bombardean posiciones de las fuerzas anti-Kabila en Congo») arropadas por otras 4 de menores dimensiones («28 fallecidos en Uganda en una ola de bombas contra autobuses», «16 personas condenadas a morir en la horca en Sierra Leona», «Nigeria celebrará en febrero comicios presidenciales», «EEUU confirma que localizó en Sudán restos de gas nervioso»).

Me desconcierta que, pese a su trascendencia, al anuncio de las elecciones presidenciales en Nigeria se le dedican apenas 13 líneas de texto; es la noticia más reducida y la que peor posición ocupa: la parte inferior izquierda de una página par.⁴

No obstante la profusión, analizando el contenido de las informaciones publicadas en agosto, advierto que se centran en dos acontecimientos: la guerra en la República Democrática de Congo (antiguo Zaire) y los atentados contra las embajadas estadounidenses en Kenya y Tanzania, así como sus posteriores derivaciones.

Por contraposición, me abate comprobar el parvo eco que suscita otro hecho acaecido también en agosto de 1998: la Comisión de la Verdad y de la Reconciliación de Sudáfrica concluye sus vistas y se hacen públicos incidentes de alcance internacional que, paradójicamente como breves de entre 1/3 y 1/2 columna, apenas encuentran espacio en las páginas del periódico («Concluye la investigación sobre los crímenes del apartheid», 1 de agosto; «Sudáfrica recibió ayuda militar occidental durante el apartheid», 2 de agosto; «Tutu insinúa una conjura occidental contra el jefe de la ONU en 1961», 20 de agosto).

Para mí, lo más desalentador de esta pequeña muestra es el hecho de que la parquedad informativa del periódico mencionado no es privativa del mismo; por el contrario, es una rutina imperante en los medios de comunicación españoles.

1.2. Información (en) singular

Tanto es así, que no hace mucho una palabra, Botswana, me despertó súbitamente de la indolencia en la que me sumer-

4. La zona más *atrayernte* de un periódico impreso es el cuadrante superior derecho de la página impar; la menos, el inferior izquierdo de la página par.

jo durante los noticiarios de televisión. La noticia en sí era un tanto kafkiana: en un arrebatado de locura, un piloto de las líneas aéreas nacionales de dicho país había destrozado tres de los cuatro aviones que constituyen la flota.

Sin embargo, lo que más me sorprendió fue la frase con la que se abría la noticia: «En Botswana, un pequeño país al norte de Sudáfrica, ...».⁵ ¿Pequeño país?, me pregunté, y fui a comprobarlo: 600.372 km² de superficie (España, 504.782 km²). ¿A qué se debía pues el adjetivo? ¿Tal vez a la comparación con otros estados africanos? ¿A que el número de sus habitantes ronda el millón y medio, y por lo tanto su densidad de población es de apenas 2,5 h/ km²?

Hoy todavía no soy capaz de discernir qué me irritó más: si el desacertado calificativo o el hecho de que la noticia acerca de lo sucedido en Botswana hubiera saltado a la pantalla en detrimento de otros acontecimientos acaecidos esa misma semana: el controvertido regreso a Sierra Leona de los líderes rebeldes, Foday Sankoh y Paul Koroma, para incorporarse al gobierno de unidad nacional; la decisión del cartel De Beers de suspender la compra de diamantes angoleños, gran parte de cuyos beneficios ha servido para mantener a la UNITA de Jonas Savimbi y por consiguiente para alimentar la guerra en Angola; el inicio del juicio contra Wouter Basson, el Doctor Muerte, acusado de más de medio centenar de crímenes (a Basson se le supone responsable de la investigación y desarrollo de armas químicas y bacteriológicas, que deberían aniquilar a la población negra, para el gobierno del apartheid), etc.

Además, al principio la noticia de Botswana me llamó la atención, no sólo por su contenido ciertamente insólito, sino

5. *Informativos Tele 5*, 20.30 horas, 11 de octubre de 1999.

porque parecía romper con la tónica general de las noticias sobre África, a tenor de las cuales la imagen emblemática del continente sería la consabida fotografía de una mujer negra, macilenta, semidesnuda o cubierta con harapos que, sentada en medio de la nada o de un campo de refugiados, mece en sus brazos a un niño esquelético. Una imagen, por cierto, cargada de significado.

La fotografía habla de *vulnerabilidad*: la una madre con su bebé; de *pobreza*: la de quien no tiene qué comer ni con que vestirse, que revelan la delgadez extrema de los cuerpos y la semidesnudez o los harapos; habla de *aislamiento*: el de quien se encuentra solo o en medio de extraños; pero también habla de *sumisión*: la que simboliza estar sentado o arrodillado por debajo de la visual; y de *impotencia*: la de una madre que no puede hacer nada por un hijo que intuye va a perder.

Más allá de su interpretación, la fotografía dice mucho de los ojos que la toman y de los que la miran, ojos que a veces parecen haber perdido el respeto y la compasión por el dolor ajeno. Y a pesar de todo, ésta sigue siendo una imagen reiterada, ilustración insistente de las habituales noticias sobre África: hambrunas masivas, como la de Sudan; guerras cruentas, como la de Sierra Leone; epidemias temibles, como la de ébola.

Analizada en este contexto, he descubierto que la noticia de Botswana no es la desviación que aparenta; por el contrario, se integra perfectamente en esa tendencia general a narrar desastres y además, la refuerza.

1.3. La realidad fragmentada

Por motivos varios, sobre todo por la limitación de tiempo (en radio y televisión) y de espacio (en los periódicos), los me-

dios de comunicación son proclives a omitir el contexto y los antecedentes de los acontecimientos que presentan como noticia. Este hecho carece de trascendencia cuando quien recibe la noticia conoce de antemano las circunstancias en las que se produce; pero cuando esa persona no posee información alguna sobre la situación previa, puede tener la sensación de que el acontecimiento-noticia es fortuito, imprevisto, incongruente.

Las epidemias, las hambrunas y, sobre todo, las guerras son ya de por sí tragedias desgarradoras, pero cuando se presentan desconectadas de las crisis que las preceden y por tanto aparentemente infundadas, rebasan el límite de lo inconcebible, lo absurdo, lo inhumano. En consecuencia, convertir en noticia un arrebato de locura como el arriba mencionado contribuye a confirmar la impresión de que todo lo que ocurre en África es disparatado y carece de sentido.

Así por ejemplo, el diario *El País* informa el 6 de junio de 1998 de la guerra entre Etiopía y Eritrea («El conflicto fronterizo entre Etiopía y Eritrea degenera en guerra abierta»), que se había iniciado un mes antes. Sin embargo, la noticia, ceñida a los acontecimientos del momento, hace mención únicamente del suceso que ha desencadenado los enfrentamientos armados (soldados eritreos aparecen en una zona fronteriza que tanto Eritrea como Etiopía consideran parte de su territorio nacional). El texto informativo se acompaña con una foto (soldados eritreos en marcha hacia el frente), un pequeño mapa y un despiece de antecedentes históricos que, si bien arranca en la época de la colonización italiana, termina en 1993 con la independencia de Eritrea. Los cinco años posteriores (1993-1998) en los que medra el conflicto quedan omitidos.

Y cuando veo cómo los medios de comunicación enlazan los conflictos actuales en África con la descolonización y las in-

dependencias, me pregunto si, para quien lo hace, los años de independencia en los distintos estados africanos han sido páginas en blanco, espacios en los que no ha ocurrido nada, como si todo el continente hubiera sido alcanzado por el sortilegio dirigido a la Bella Durmiente.

¿Es África de verdad esa Bella Durmiente? ¿No será más bien que esos años desatendidos han estado preñados de acontecimientos? Entonces, resumirlos en unos segundos o en unas pocas líneas, requerirá una extraordinaria labor de síntesis. Amén de la dificultad que entraña tal ejercicio, éste se ve condicionado por otros dos factores adicionales: los destinatarios de la noticia (lectores, oyentes, espectadores) y los conocimientos y vivencias de quien la elabora.

En primer lugar, imaginar a quién va dirigida la noticia, influye sobre la manera en la que se expone. En nuestra vida diaria, a la hora de narrar o describir algo, lo hacemos de modo diferente cuando nos dirigimos a un niño que cuando le hablamos a un adulto; el vocabulario y las expresiones que utilizamos al hablar de trabajo no son las mismas cuando lo hacemos con alguien que entiende nuestra jerga profesional que con alguien que no la entiende. Del mismo modo, quien elabora una noticia piensa en su público. Y así, a cuanto mayor número de personas intente llegar, más tenderá a simplificar la noticia «para que todo el mundo la entienda».

Sin embargo, esta actitud entraña, a mi entender, el riesgo de infravalorar al público: la tentación de contar con una audiencia masiva lleva a confeccionar un arquetipo de lector, oyente o espectador (denominado por algunos periodistas «el españolito medio») cuyas características serían, en teoría, las del público medio, pero que en la práctica son las de quienes ocupan los puestos más bajos del baremo. A éste imaginado

público se le brindan las noticias extremadamente simplificadas para que las entienda.

Tal vez radique aquí la tendencia a reducir las múltiples y complejas causas de los conflictos en África a una única: las rivalidades étnicas. Argumento que por ende trivializa los conflictos (¡Total!, ¿por eso se matan?) o peor, consigue adeptos para la célebre frase de Samuel Baker sobre los africanos: «las tribus siempre están en guerra».⁶

A la postre, y en aparente atención a su arquetipo de lector, oyente o espectador, los medios de comunicación facilitan una información plana y simple. Si la venta de diarios disminuye o baja la audiencia de los servicios informativos, los medios deducen lógicamente que se debe a la falta de interés por parte del público, aunque concluyen, sobre todo en el caso de los periódicos, que esa falta de interés proviene del bajo nivel cultural del público, en lugar de plantearse que ese repliegue puede deberse precisamente al modo en que tratan la información.

En segundo lugar, los conocimientos y vivencias de quien elabora una noticia también la condicionan, en tanto en cuanto el periodista los utiliza para seleccionar y jerarquizar la información que considera relevante. Dicho de otro manera: un suceso no se narra de la misma forma cuando se ha presenciado que cuando se «recuenta». Pero no se trata sólo de ser testigo, además es necesario conocer las claves de lo que ocurre, tanto para entenderlo como para relatarlo. Si yo asistiera, por ejemplo, a un partido de cricket, cuyas reglas de juego no conozco, probablemente me pasaría el encuentro preguntándome qué hacen esos señores vestidos de blanco golpeando una pelota con una

6. Samuel Baker citado por Anne Hugon en *La gran aventura africana, exploradores y colonizadores*, Ediciones B.S.A., Barcelona, 1998, p. 147.

pala y corriendo por el césped. Y si además luego tuviera que referirlo, probablemente mi sinopsis resultaría hilarante y quizá incluso irritante para quienes entienden de cricket.

Este papel de testigos al tiempo que explicadores de los acontecimientos es el que juegan los corresponsales y periodistas especializados. Sin embargo, se observa en los medios de comunicación una creciente tendencia a prescindir de ellos. ¡Lógico!, podría pensarse: los avances tecnológicos en el ámbito de las comunicaciones los hacen innecesarios. ¿Para qué tener a nadie viviendo en Zimbabwe (¡con lo que cuesta!) si la información se puede obtener de mil otras maneras? Por ejemplo, accediendo por internet a los periódicos del país, contactando con la agencia de noticias local, etc.

La cuestión es que esas mil otras maneras quedan reducidas a unas poquitas: las grandes agencias, que a su vez surten la misma información a todo el mundo (¿Se han fijado alguna vez, mientras hacen *zapping* durante los noticiarios de televisión, en que las imágenes de una noticia internacional suelen ser las mismas? Pues con los teletipos sucede lo mismo).⁷

Sin embargo, que la información en diferentes medios de comunicación sea la misma, porque procede de la misma agencia, no es tanto fruto de una conspiración, pese a la creciente concentración del control de la información en manos de grandes agencias (Reuters, Agence France Press o AFP, etc.) y grupos mediáticos (Time-Warner, Murdoch, PRISA, Zeta, etc.), como consecuencia de la comodidad.

7. Aparato telegráfico (y mensaje transmitido por este sistema) que permite transmitir directamente un texto por medio de un teclado mecanográfico, así como su inscripción en la estación receptora en letras de imprenta; es el sistema que utilizan las agencias de prensa para enviar noticias a otros medios de comunicación.

Dado que cada medio de comunicación difícilmente puede cubrir los acontecimientos en todo el mundo, suele estar abonado a un número limitado de agencias que le proporcionan regularmente noticias (textos y/o imágenes), de manera que cuando sucede algo «noticiable» pueda transmitirlo a la mayor brevedad posible, sin necesidad de revuelos y proezas. Pero con el paso del tiempo, lo que se había concebido como un servicio de apoyo complementario se convierte en criterio rector, y los medios de comunicación acaban transmitiendo simplemente lo que les remiten las agencias.

Abandonar esa pauta, buscar y recopilar información adicional o diferente a la suministrada por las agencias, exige tiempo (escaso en las redacciones de cualquier periódico o servicio informativo) y dinero. Con relación a lo cual, se suele olvidar que los medios de comunicación son en último término empresas y que, por lo tanto, se orientan hacia la obtención de beneficios. En todo caso, cabe recordar que las noticias son únicamente fragmentos de la realidad, unos fragmentos «seleccionados» y «elaborados». Por lo tanto, la suma de esos fragmentos no refleja, ni mucho menos es, la realidad.

1.4. Confluencias y lagunas

Claro que los medios de comunicación no se limitan a transmitir noticias. En los canales de radio y televisión convencionales (o sea, los que no son temáticos), los noticiarios forman parte de una programación más amplia que incluye otros espacios: debates y tertulias, concursos, seriales, documentales, películas, publicidad, etc.

Y en todos ellos, ocasionalmente aparece de algún modo África. En los concursos, por ejemplo, las preguntas relaciona-

das con el continente implican un extraño grado de dificultad, como el que me sugiere la de: «¿Qué es Burkina Faso?» y las opciones propuestas: «¿un diseñador?, ¿una escritora?, ¿un estado?»⁸ (de la cuarta opción no me acuerdo, pero sí recuerdo que estaba en la línea de las dos primeras).

En este caso, tres de las posibles respuestas sugieren que se trataría de una persona, de la que se proporcionan el nombre (¿femenino por la ‘-a’?) y apellido. El equívoco se basa en el supuesto desconocimiento del concursante (y de la audiencia), pues de otro modo resultaría evidente en extremo que las tres opciones incorrectas son disparatadas. Qué decir sino de una pregunta como: «¿Qué es Alba de Tormes (o Mediana Azahara, o Vera de Bidasoa)?» a la que se ofrecieran como respuestas alternativas que se trata de una escritora o de un diseñador.

Pese a todo, las menciones al continente en los concursos suelen ser meramente incidentales. Por el contrario, no lo son los programas de televisión que tal vez más hincapié hacen en África: los documentales. Aunque estos espacios parecen centrarse únicamente en los animales salvajes o en los pueblos primitivos, y a menudo presentan a unos y otros como si vivieran en un vacío intemporal, enmarcados en un curioso paréntesis, aislados del devenir de los estados que habitan.

Supongo que este enfoque está condicionado por la exigencia de que el documental en cuestión sea lo menos perecedero posible, esto es, que mantenga su *actualidad*, de modo que pueda emitirse una y otra vez sin que el paso del tiempo o la evolución del contexto lleven a tildarlo de ‘pasado’. Al fin y al cabo, producir un documental requiere un elevado desembolso y por lo tanto cuantas más veces se emita, mayores serán los

8. Concurso 50 x 15, Tele 5.

ingresos de los productores. La pena es que, a fuerza de ver fragmentos atemporales y exóticos de África, una podría llegar a imaginar el continente como un *collage* insólito de animales salvajes en vías de extinción y pueblos primitivos anclados en un pasado remoto, ajeno al tiempo y a los acontecimientos.

Esta extraña extemporaneidad también la he percibido en muchas de las películas de ficción ¿sobre? África que se proyectan en los circuitos comerciales de las cadenas convencionales de televisión y los cines. Además, en estas cintas, África es simplemente el decorado en el que transcurre la acción: eso sí, un decorado sumamente exótico y peligroso por lo inusual y desconocido. *La reina de África, Mogambo, Casablanca, Las minas del rey Salomón, Memorias de África, Cazador blanco, corazón negro, El cielo protector, El paciente inglés*, las series de Tarzán o Indiana Jones son, con todas las diferencias de calidad y maestría que puedan señalar los críticos y cinéfilos, ejemplos de esa práctica.

Por otro lado, me resulta curioso también comprobar cómo casi todas estas películas occidentales, cuyo argumento se desarrolla en África, están basadas en obras literarias, escritas por autores del mismo origen. Y es que el *continente negro* parece producir una fascinación sin par entre los creadores artísticos: de la pintura (Picasso, Basquiat) a la música (Steve Reich, Peter Gabriel o los estilos musicales como el *reggae* o el *jungle*), pasando por la escultura (Kirchner, Brâncuși) y la literatura.

Y me pregunto cómo y por qué a ese encantamiento no le está permitido rebasar las fronteras del continente, pues lo que conocemos de África nos llega tamizado por los ojos de nuestros conterráneos: son sus manos las que pintan y modelan África; sus sonidos, los que transmiten sus ecos; sus cámaras,

las que la captan; sus palabras, las que nos hablan de ella. ¿Acaso no tienen voz los africanos?

La tienen, profunda e intensa, rica y llena de matices. Puede que simplemente no hayamos aprendido a escucharla; quizá por eso, de una selección de 1.800 títulos que enumeran Verónica Pereyra y Luis María Mora en su libro *Literaturas africanas*,⁹ apenas 80 obras han sido traducidas al castellano (y no precisamente por dificultades para la traducción, ya que en su mayoría se trata de obras escritas en francés, inglés o portugués). Tal vez por esa impericia, tampoco recorren los circuitos cinematográficos comerciales las películas de los realizadores africanos, incluidos los de la treintena larga que reseña la revista de cine *Nosferatu*.¹⁰ Nuestro ensordecimiento, sin embargo, no es congénito, aunque tal vez sea inconsciente.

9. Verónica Pereyra y Luis María Mora, *Literaturas Africanas. De las sombras a la luz*, Ed. Mundo Negro, Madrid, 1998.

10. *Nosferatu. Revista de cine*, nº 30, abril 1999.

2. El olvido de la historia

Negar un hecho es lo más fácil del mundo. Mucha gente lo hace, pero el hecho sigue siendo un hecho.

ISAAC ASIMOV

Intentando desentrañar los motivos del ensordecimiento, releo los libros de texto con los que ¿aprendí? Historia en el Bachillerato. Descubro que la palabra 'África' no se encuentra en el índice; es más, el Egipto antiguo se incluye en un capítulo titulado «Importancia y herencia cultural de los imperios del Próximo Oriente».¹¹

Tal vez porque, como dice Basil Davidson en *The Search for África*, conforme a la historiografía ortodoxa «el Egipto de los faraones, que empezó a surgir hacia el año 3.500 a.C., se nos ha explicado como si se hubiera desarrollado más o menos en un aislamiento total del resto de África, o como resultado de las influencias del Asia Occidental. Según esta creencia tan fuertemente arraigada, parece como si la tierra del antiguo Egipto se hubiera separado del delta del Nilo hace cinco mil quinientos años para zarpar hacia el Mediterráneo y anclarse en las costas de Siria. Y allí permaneció, aparentemente flotando en alguna parte de los mares del Levante, hasta que los conquistadores árabes lo remolcaron al lugar al que antaño perteneciera».¹²

Y ese lugar era el continente africano, no sólo desde el pun-

11. Rosa Ortega y Juan Roig, *Demos I. Historia Universal. Antigua y Media*. Editorial Vives-Vives, Barcelona, 1969.

12. Basil Davidson, *The Search for Africa. A History in the Making*, James Currey, London, 1994, pág. 319.

to de vista geográfico. De hecho, la teoría de que los primeros egipcios fueran ‘blancos’ o camitas (descendientes de Cam, el hijo al que Noé maldijo) resulta cada vez más insostenible. Por el contrario, estudios e investigaciones realizadas en la última mitad del siglo XX tienden a confirmar su origen mestizo (fruto de su privilegiada situación en las rutas entre África y la cuenca Mediterránea), o incluso su ascendencia meramente africana, como sostiene, entre otros, el historiador Cheikh Anta Diop.¹³

Del mismo modo, mientras en mi antiguo libro de texto se lee «Euclides creó las Matemáticas»,¹⁴ lo cierto es que Euclides estudió esa ciencia en Alejandría, pues los egipcios, ya poseían conocimientos matemáticos: habían desarrollado una aritmética basada en el sistema decimal, sin cero, pero con fracciones; e inventaron la geometría, según afirman los mismos Heródoto y Estrabón. Y fue de los egipcios de quienes los griegos aprendieron medicina y farmacia, entre otras muchas cosas. Así pues, la Grecia clásica se nutrió con los conocimientos del Egipto al que los helenos admiraban.

Lo cual resultaría un tanto peregrino de ser cierta la afirmación del mismo libro: «Contrariamente a todos los pueblos que hemos estudiado hasta ahora [Prehistoria, Mesopotamia y Egipto], el griego tuvo una mentalidad humana y lógica. [...] Desde el idioma, en que encontramos palabras de origen griego, hasta las matemáticas, los principios de nuestro mundo están en Grecia. El sentido de libertad individual, la belleza artística, el teatro, la poesía, la Historia, la Filosofía, el sentido racio-

13. V. Cheik Anta Diop, «1. Origin of the Ancient Egyptians», en G. Mokhtar (ed.) *General History of Africa. II Ancient Civilizations of Africa*, UNESCO / Heinemann, 1981, págs. 27-57.

14. Rosa Ortega y Juan Roig, op. cit., pág. 54.

nal y lógico de nuestra mentalidad, todo ha nacido en Grecia y sobre todo en la Atenas del siglo V a.J.C.».¹⁵

¿De dónde surge esta curiosa distorsión de la historia? Para algunos autores como Basil Davidson o Martin Bernal, autor de *Black Athena (Atenea negra)*, es consecuencia de las necesidades de la Europa del siglo XIX. Hasta entonces, el preludeo de la civilización europea se situaba en la Grecia del siglo VI, pero se aceptaba que ésta había emanado de otras civilizaciones más antiguas, sobre todo, de la egipcia y de la fenicia. Sin embargo, para la Europa decimonónica resultaba difícil armonizar esta idea con el estereotipo de los ‘pueblos primitivos de mentalidad infantil’, a los que los Imperios se sentían en la obligación de civilizar; reconocer en ellos la propia ascendencia hubiera sido tanto como negar la superioridad que capacitaba a Occidente para llevar a cabo su misión de tutela.

En consecuencia, Europa reescribió la Historia desde su asumida posición de adalid de la humanidad y al calor de los nacionalismos, que la instrumentalizaron para hacer de ella una parte del ‘patrimonio nacional’. Así, el aforismo de que la Historia no es el mero recuento de acontecimientos, sino la explicación de cómo el presente ha llegado a ser lo que es, se aplicó a la inversa: el presente determinaba el pasado, o al menos su crónica. Una crónica que parecía presentarnos el devenir de distintos pueblos como si de territorios prácticamente aislados se tratase, y que ha perdurado hasta muy recientemente.

«Grecia pues», escribe en 1965 el historiador Chester G. Starr, «se encontraba en los confines de Europa y Asia, pero no estaba necesariamente sujeta a la influencia directa y continua de ninguna de ellas. Aunque el nacimiento y el desarrollo de la

15. Ibid. pág. 49.

sociedad griega estuvieron directamente ligados con la historia más antigua y contemporánea del Próximo Oriente, los griegos estaban lo bastante lejos para poder transformar las ideas recibidas en una forma de civilización prácticamente nueva. Durante los siglos oscuros, el Egeo estuvo casi completamente aislado de contactos externos, y este fue un elemento de gran importancia, porque favoreció la aparición del pensamiento griego en la época histórica».¹⁶

2.1. Un paseo por el Índico

Pero ni Grecia, ni Egipto, ni Persia fueron reductos aislados. Por el contrario, estuvieron relacionados, al igual que muchos otros pueblos del orbe. Personalmente creo que la convicción de que las civilizaciones surgen desvinculadas unas de otras y casi espontáneamente ha sido la que hoy nos lleva a creer que la ‘mundialización’ es una primicia del siglo XX. Puede que sus características sean distintivas, pero los contactos entre pueblos diversos se han dado ‘desde que el mundo es mundo’ o al menos desde que las personas lo habitamos.

Un ejemplo de esas relaciones se rastrea en el Océano Índico. Pese a su extensión, el Índico nunca fue un mar aislante; por el contrario, sus aguas han ofrecido, desde hace mucho tiempo, rutas que enlazaban a pueblos distantes. Navegarlo tan sólo requería una cierta humildad para saber utilizar las corrientes y conocer el humor de los monzones. Quienes vivían en sus costas pronto aprendieron sus reglas. Durante siglos el Océano Índico ha sido, y sigue siendo, un mar de tránsito, empresa de comerciantes y abrigo de piratas. Y aunque hoy singular por él

16. Chester G. Starr, *Historia del Mundo Antiguo*, Akal, Madrid, 1974, pág. 212

no lleve muy lejos, fue durante casi un milenio una ruta de encuentro entre el Asia, para Europa, más lejana y el África más meridional.

Por sus aguas se dispersaron los hablantes austronesios que llegaron incluso hasta Madagascar. Ya en el siglo I de la era cristiana, las técnicas de navegación de aquellos a quienes los chinos llamaron *kun-lun*, y entre quienes los austronesios formaban un grupo numeroso, habían alcanzado un notable grado de perfección. Sus grandes barcos, conocidos como *kun-lun bo*, podían alcanzar los 50 metros de eslora, eran capaces de transportar de quinientas a mil personas y una carga que oscilaba entre las 250 toneladas y las 1000 toneladas, vestían velas tejidas y navegaban por alta mar.¹⁷

La historia de Madagascar antes del siglo X, a veces incluso antes del siglo XV, se contempla como una franja de «incertidumbre» y existen teorías diferentes sobre la misma. Pero el hecho es que la isla estaba integrada en un sistema comercial interregional al que ofrecía madera, goma de calafatear, plantas aromáticas y especias, y sobre todo canela, un producto sumamente lucrativo. Parece ser que la ineficaz alianza de Axum y Bizancio con la Persia sasánida, y la competencia de Ceilán en el comercio de la canela (a finales del siglo VII y principios del VIII), empujó a los comerciantes malgaches a entablar relaciones directas con los persas. Algunos se instalaron en Adén (hoy en Yemen) y establecieron una ruta marítima que unía el sur de Arabia con *al-Kumr* (Comores y Madagascar) navegable en un solo monzón.

17. Bakoly Domenichini-Ramiaramana, «25. Madagascar», en I. Hrbek (ed.) *General History of Africa. III Africa from the Seventh to the Eleventh Century* (abridged ed.), James Currey/California/UNESCO, 1992, pág. 333.

Esta relación llevó a la conversión de algunos malgaches al Islam, y éstos a su vez iniciaron a los marineros de Omán y Siraf en la ruta marítima directa al norte de la isla. Mientras, la zona oriental de Madagascar, parte aún de la órbita *kun-lun*, comerciaba con China a través del reino sumatrense de Srivijaya. Productos del continente africano —con el que los malgaches también comerciaban de forma regular— tales como el marfil, las pieles de animales, el ámbar gris o incluso esclavos, llegaron así a China. Madagascar fue posiblemente durante los siglos VII al XI el punto de separación, o de conexión, entre los comerciantes árabes y los *kun-lun*.

Asimismo, fue a través de Sumatra cómo los africanos entraron en contacto, aunque de forma indirecta, con los chinos, de quienes apreciaban sus diversos tipos de porcelana, de los que se han encontrado restos en lugares tan aparentemente alejados como Zimbabwe. Y es a los chinos a quienes se deben hallazgos y mejoras en los instrumentos de navegación, tales como el timón de codaste, la brújula, la deriva fija o las anclas, al igual que los progresos en el sistema de velamen, que revolucionaron la navegación marítima en todo el mundo. A pesar de lo cual, sólo a comienzos del siglo XV se aventuró China hacia el Índico occidental con las expediciones de Zheng He, quien llegó a las costas de África oriental.

Esas mismas costas habían conocido ya a los mercaderes indios en los primeros años de la era cristiana y no faltan documentos que hablan de la llegada regular de navíos desde el subcontinente asiático y de las influencias indias en Etiopía y Nubia. Sin embargo, el avance del comercio musulmán a partir del siglo VII parece haber desplazado el interés indio hacia la zona sur y oriental del Índico.

Aunque entre los siglos VII y XI las relaciones entre África y

la India alcanzaron su punto más bajo, se mantuvieron algunos contactos. Tradiciones orales de la costa africana cuentan la llegada, antes del siglo XII, de un pueblo llamado *debuli* que habría llegado de al-Daybul (Dabhol o Dabul), en la desembocadura del Indo.¹⁸

Sea como fuere, los grandes imperios comerciales indios, como Chola o Gujarat, incluyeron en su órbita de actividades las costas africanas orientales desde muy pronto. A partir del siglo XV los *baniya* o banianos, nombre con el que se conocía a los gujaratíes, fueron estableciendo una presencia cada vez más patente. En el siglo XVII se encontraban incluso en los pequeños asentamientos (oficialmente portugueses) del valle del Zambezi y en el siglo XVIII, el debilitamiento progresivo de Portugal vino acompañado de un fortalecimiento de la comunidad mercantil india, cuya importancia se amplió en el siglo XIX.

He mencionado, aunque sólo de pasada, la importancia de los árabes en el comercio del Índico occidental. Ellos eran quienes controlaban en gran medida el de esa región, pero a la vez, quienes establecían los contactos con el Mediterráneo.

En el siglo XV, los europeos parecieron cansarse de lo que percibían como un monopolio, sobre todo, cuando se trataba de especias. Aunque también impulsados por otras razones, tanto políticas como económicas, se lanzaron a la busca de otros itinerarios hacia la India que evitasen las rutas controladas por los árabes. La «incursión» europea, la portuguesa, llegó al Índico precisamente en el momento en el que más intensas eran las relaciones entre los pueblos que habitaban sus costas.

18. Ivan Hrbek, «1. Africa in the context of world history», en I. Hrbek (ed.) op. cit. pág. 12.

2.2. De controlados a controladores

Es en ese punto de la historia, cuando en mi libro de texto se vuelve a mencionar África («La época de los grandes descubrimientos»), eso sí, como mero obstáculo que con grandes esfuerzos superaron los portugueses. La narración está construida de tal modo, tan centrada en los portugueses, que una podría llegar a pensar que África estaba deshabitada, porque no hay mención alguna sobre los africanos. O tal vez la forma de relatar este episodio intente velar que los europeos entraron en el Índico como elefantes en una cacharrería.

Dice B. Davidson, citando una fuente árabe contemporánea de los hechos, que los habitantes de la costa oriental de África creyeron encontrar en los portugueses, en las «gentes venidas de la tierra de los francos», nuevos socios comerciales: «pensaron que los francos eran hombres buenos y honestos». Pero desgraciadamente se equivocaron. «Quienes conocían la verdad confirmaron que los francos eran personas corruptas y deshonestas, que habían llegado para explorar el territorio y luego conquistarlo».¹⁹

Los portugueses tomaron Kilwa y saquearon Mombasa, arrasaron Zanzibar, Zeila, Berbera y poco a poco fueron estableciendo sus puestos comerciales a lo largo de la costa hasta llegar a la India, en un intento por romper el monopolio de los comerciantes musulmanes, al menos en relación con el mercado europeo.

Pero en el norte de este mercado, los holandeses se habían convertido en los principales distribuidores de los productos asiáticos, africanos y americanos que les llegaban de España y

19. Basil Davidson, *The Story of Africa*, Mitchell Beazley, London, 1984, pág.17.

Portugal. La insistencia de los Países Bajos en no reconocer la autoridad de Felipe II, llevó a éste a cerrar los puertos de la península Ibérica a los barcos holandeses. Para mantener su posición comercial, los holandeses fundaron en 1637 la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, dispuesta a competir en el Índico con los portugueses. Sin embargo, su asentamiento en el Cabo de Buena Esperanza les permitió utilizar una ruta alternativa cuyas corrientes y vientos les llevaban directamente al estrecho de Sonda (entre las islas de Sumatra y Java).

Aunque en principio, la Compañía alentó el asentamiento de colonos holandeses en la ciudad del Cabo, pronto se dio cuenta de los problemas, económicos entre otros, que la nueva población planteaba y, en un giro de su política, comenzó a trasladar a esclavos malayos a la esquina meridional de África. Franceses y británicos entraron también en aquella competición —cuya meta era esencialmente la India— que reflejaba, a secas, su rivalidad como pretendidos imperios. Entre el siglo XVI y finales del siglo XIX, los europeos fueron instalándose en puntos de la costa africana.

A pesar de sus muchas reservas, un buen número de gobernantes africanos aceptó con cautela la presencia europea con el fin de consolidar su poder y su capacidad militar, al tiempo que intentaban minimizar el impacto social y cultural. Las nuevas relaciones comerciales impulsaron la actividad mercantil, aunque de forma dispar. Mientras en la zona oriental los intercambios seguían su curso, la trata de esclavos, impulsada por el capitalismo europeo, transformó la economía en la costa occidental: las personas se convirtieron en la única moneda de cambio que los europeos aceptaban en sus transacciones.

La ingente despoblación tuvo como consecuencia lógica la transformación de las estructuras políticas y sociales. Por otro

lado, la progresiva incorporación de África, como suministrador de productos esenciales, a la economía mundial controlada por Europa hizo que la trata de esclavos dejase de ser rentable. Controlar África era pues controlar la propia despensa, lo que desató en el siglo XIX la creciente competencia entre los imperios europeos por apoderarse de las mayores extensiones posibles. La rivalidad entre Francia y Gran Bretaña permitió a los portugueses, alentados por los británicos que buscaban frenar así el avance galo, reclamar vastos territorios en Angola y Mozambique.

De este modo, África se vio involucrada en una pugna que al final (1884-1885) supuso su reparto. Un reparto que preludia el Acuerdo franco-británico de 1862, por el que Francia veía reconocido su control sobre Madagascar, las Comores y el estrecho de Mozambique, mientras Gran Bretaña se ‘quedaba’ con Zanzibar, y por ende con la costa oriental. Aunque aparentemente el objetivo principal de los europeos había sido alcanzar la India por el camino más corto y rápido, la apertura del Canal de Suez no supuso una disminución del interés europeo. Por el contrario lo alimentó, pues África se había convertido en la reserva de Europa.

2.3. Piedra sobre piedra

Una reserva que día a día se había ido haciendo más necesaria y que, por lo tanto, exigía cada vez mayor control. Lógicamente, lo más sencillo era simplemente tomar posesión de ella, pero esto hubiera entrañado una insufrible contradicción: si todos los hombres eran iguales, y en buena lógica tenían los mismos derechos inalienables; si la soberanía nacional era un principio aceptado por las ‘sociedades civilizadas’, que se jacta-

ban de haber establecido y de defender esos derechos, ¿cómo podían esas mismas sociedades atropellarlos?

La trata había convertido a los esclavos en meros objetos de compraventa. En su momento, la esclavitud se justificó con razones diversas, desde las religiosas basadas en la maldición de Noé a su hijo Cam, que condenaba a sus descendientes, identificados con los africanos, a ser servidores de los descendientes de sus otros hijos hasta las que se derivaban del tipo de trabajo servil al que eran sometidos los esclavos, pasando por otras 'perlas' del pensamiento ilustrado como las que proporciona Rousselot de Surgy en sus *Pensamientos Interesantes* de 1765: «Los negros no razonan, no son espirituales, carecen de toda capacidad de abstracción. Tienen una inteligencia que parece inferior a la observada en los elefantes».²⁰

Y estas ideas fueron calando tan hondamente que la abolición de la esclavitud no supuso, ni mucho menos, el reconocimiento de la igualdad de los africanos. La medida, tal como se recoge en la Declaración de las Potencias sobre el tráfico de negros firmada en Viena en 1815, se acordó porque «el comercio conocido bajo el nombre de 'Tráfico de negros de África' ha sido visto por los hombres justos y esclarecidos de todos los tiempos, como repugnante a los principios de humanidad y moral universal».²¹

Sobre el poso que dejaran las ideas anteriores, se fueron asentando las descripciones siempre curiosas y sorprendentes

20. Jacques-Philibert Rousselot de Surgy, *Mélanges intéressans et curieux, ou Abrégé d'histoire naturelle, morale, civile et politique de l'Asie, l'Afrique, l'Amérique, et des terres polaires*, Tome X, Lacombe, Paris, 1766, p. 165.

21. Juan Carlos Pereira Castañares y Pedro Antonio Martínez de Lillo, *Documentos básicos sobre la historia de las relaciones internacionales (1815-1991)*, Editorial Complutense, Madrid, 1995, p. 8.

de misioneros y aventureros que contemplaban África y a los africanos a través del cristal europeo. Todo lo que veían y vivían se medía con el propio baremo: entre los nyamwezi, cuenta Richard Francis Burton, «el nacimiento, siempre que los padres tengan medios para ello, se celebra con una orgía; por lo demás no hemos observado la existencia de ceremonias que hagan las veces de un bautismo».²²

Así, las observaciones descaminadas se unieron a los prejuicios anteriores. Al calor de unas y otros, maduraron lentamente nuevos argumentos que justificaban la auténtica necesidad de que las potencias europeas controlasen África. Entre otros se esgrimía la «faceta humanitaria y civilizadora», que invocaba el ministro francés Jules Ferry en 1885: «Es preciso afirmar abiertamente que las razas superiores tienen un derecho con respecto a las razas inferiores [...] porque existe un deber hacia ellas. Tienen el deber de civilizar a las razas inferiores.»²³

Un deber que quedó plasmado en el *Acta general de la Conferencia de Berlín para favorecer el desarrollo del comercio y de la civilización en ciertas regiones del África y asegurar a todos los pueblos la libre navegación del Congo y Níger*, firmada en Berlín el 26 de febrero de 1885: «Las Potencias que ejercen derechos de soberanía o que tienen influencia en aquellos territorios, se obligan a velar por la conservación de las poblaciones indígenas y la mejora de sus condiciones morales y materiales de existencia[...]».²⁴

Un deber, cuya vigencia se mantenía en 1919, como se desprende del Artículo 22 del Pacto de la Sociedad de Naciones:

22. Citado por Anne Hugon en *La gran aventura africana, exploradores y colonizadores*, Ediciones B.S.A., Barcelona, 1998, pág. 142.

23. *Ibid.* pág. 107.

24. *Ibid.* pág. 99.

«Los principios siguientes se aplicarán a las colonias y territorios que, a consecuencia de la guerra [la I Guerra Mundial] hayan dejado de estar bajo la soberanía de los Estados que los gobernaban anteriormente y que estén habitados por pueblos aún no capacitados para dirigirse por sí mismos en las condiciones particularmente difíciles del mundo moderno. El bienestar y desenvolvimiento de estos pueblos constituye una misión sagrada de civilización, y conviene incorporar al presente Pacto garantías para el cumplimiento de dicha misión».²⁵

2.4. Arreglando el pasado

Si los negros, esa raza inferior con mentalidad infantil necesitada de la mejora de sus condiciones morales y materiales, debían ser objeto de la misión civilizadora, se deducía que no eran civilizados; y, si no lo eran, ¿cómo iban a tener Historia? Se trataba simplemente de pueblos primitivos, que a todas luces carecían de un pasado digno de mención, pueblos anclados en la ‘pre-historia’, interesantes objetos de investigación etnológica y curiosas muestras para exponer en las Exhibiciones Universales tan de moda a finales del siglo XIX.

De este modo, cuando en 1910 el africanista alemán Leo Frobenius encontró en Ile-Ife (hoy en Nigeria) unas bellísimas cabezas de terracota, parte del pasado yoruba de los siglos XII o XIV, regresó a Europa proclamando que se trataba de la obra de una colonia griega perdida; y cuando el geólogo alemán Carl Mauch se topó con las gigantescas ruinas medievales del Gran Zimbabwe aseguró que se trataba del legendario lugar del que había salido el sándalo para el templo erigido por Salomón en

25. Ibid. pág. 249.

Jerusalén, definitivamente era obra de los súbditos de la reina de Saba; otros con posterioridad afirmaron que se trataba de una obra fenicia o árabe; en cualquier caso, todos les negaban a los africanos su autoría: «Sin capital y sin la colaboración necesaria para crear capital, no se puede lograr una gran civilización tecnológica y urbana. Por lo tanto, está claro que la civilización de la que hablaban los extranjeros en el siglo XVI, por entonces ya arruinada, no pudo ser fruto de los bantú de aquella época, ni de los de otras anteriores. No habían llegado todavía al estado de evolución de la sociedad que les permitiera ser arquitectos ni organizadores de tan gigantescas obras. Incluso la magnitud del trabajo no podría haber sido aceptada por una sociedad bantú, ni entonces ni ahora, a no ser bajo el látigo del capataz o del negrero». Son palabras de Robert Gayre of Gayre en su obra acerca del origen de la civilización de Zimbabwe, publicada en 1972.²⁶

Y así, los africanos, que habían sido desposeídos de su dignidad como personas merced a la trata de esclavos y a quienes no se consideraba capaces de gobernarse a sí mismos, también perdieron su Historia.

Pero de todo esto, no se habla en mi viejo libro de texto y tampoco en los nuevos que he ojeado. Es cierto que nosotros nunca llegábamos al siglo XX y sólo con dificultad, a la mitad del XIX; me pregunto si este es el motivo de que los libros de texto actuales estén dedicados precisamente a ese período que yo no conocí. Cualquiera que sea la razón, ni en uno ni en otros encuentro nada que les devuelva su Historia a los africanos.

Por el contrario, esa Historia sigue oculta, a veces incluso

26. R. Gayre of Gayre, *The Origin of the Zimbabwe Civilization*, Galaxie Press, Salisbury, 1972. pág. 211.

retocada. Todos parecen estar de acuerdo, por ejemplo, en que Zimbabwe se independizó en 1965. En realidad, ese fue el año en el que Ian Smith al frente de un gobierno ‘blanco’ proclamó la independencia de forma unilateral, independencia que sólo fue reconocida por Sudáfrica. La declaración era el culmen de una aspiración que se había iniciado muchos años antes en otras colonias de población: que los colonos (blancos) pudieran gobernarse de forma soberana.

Esta aspiración era la consecuencia lógica del pensamiento que se había ido construyendo con anterioridad: los ‘nativos’ eran como niños que necesitaban tutores; los colonos estaban dispuestos a asumir la responsabilidad, eran hombres civilizados que podían seguir llevando a cabo la ‘sagrada misión civilizadora’, pero hombres que esperaban el reconocimiento de sus derechos y el reconocimiento de su soberanía.

Por su parte, los ‘nativos’ habían combatido en la II Guerra Mundial, habían sido reclutados para defender la Libertad, y habían visto como poco a poco sus vecinos recobraban la independencia perdida durante tanto tiempo. A la declaración unilateral de independencia (conocida como UDI), siguieron años de sangrienta lucha armada y de feroces revanchas, dentro del país y en los países vecinos que acogían a los guerrilleros independentistas

La guerra en Zimbabwe desató la guerra de Mozambique: Ian Smith creó la Resistencia Nacional Mozambiqueña, conocida como Renamo, tanto para combatir a los rebeldes de Zimbabwe que se refugiaban en el país vecino, como para castigar al gobierno marxista de Samora Machel por el apoyo que les prestaba a las guerrillas, amen de intentar frenar así el avance comunista que se extendía por el continente. Finalmente Zimbabwe recuperó su independencia de manos de los británicos

en 1980, Mozambique tardó casi dos décadas en silenciar las armas, porque Renamo seguía recibiendo ayuda del exterior.

2.5. Descripciones del presente

Tampoco estos acontecimientos encuentran espacio en los actuales manuales de historia para educación secundaria. En consecuencia, la imagen que se sigue repitiendo de África es la misma decimonónica que heredamos, y el relato del presente —basado esencialmente en las informaciones transmitidas por los medios de comunicación— no hace sino reforzarla, porque ahora los africanos además son pobres, son violentos y están enfermos.

Al menos eso es lo que me llevan a pensar ladillos como «El continente del hambre y las epidemias», con el que el libro de 2º de ESO de la Editorial Anaya inicia su descripción del África actual. El texto centra su primera parte en la agricultura, y explica: «Se suele caracterizar a los pueblos de África negra por su pertenencia a culturas ligadas a diferentes cultivos o al ganado: la civilización del mijo (zona subsahariana) o de la vaca (Kenia) o del plátano (Uganda y Ruanda) o la civilización de los rebaños de los pueblos peul (entre el Senegal y el este del lago Chad)». ¿No sugieren estas frases pueblos primitivos anclados en un pasado remoto? ¿Es esa, agrícola o ganadera de subsistencia, toda la cultura que les reconocemos?

Confieso mi disgusto, tal vez incluso irritación, ante textos generalizadores que no apuntan diferencias entre las distintas regiones (Magreb, África Occidental, África Central, el Cuerno de África, África Oriental, África Austral); que hablan de África como si de un todo homogéneo se tratase, sin hacer distinciones entre los casi 60 países que la conforman; sin discriminar los

tipos de gobierno; sin siquiera nombrar las diferencias en la densidad de población que van de entre 1 ó 2 habitantes por kilómetro cuadrado, por ejemplo en Botswana, a más de 200 habitantes por kilómetro cuadrado en Rwanda o Burundi; por no mencionar el silencio sobre las lenguas, las religiones, los legados del pasado, etc.

Y en esta línea, el manual, también de 2º de ESO, de la Editorial SM se ‘despacha’ África en tres párrafos con el título de «África, un continente olvidado»: «África es un continente con graves problemas políticos, étnicos, económicos y sociales, en algunos casos de tal envergadura que parecen tener muy difícil solución. La mayor parte de los países del África subsahariana son países empobrecidos y devastados por la guerra civil, la corrupción y los desastres, ya sean naturales o producidos por el hombre. Los frecuentes enfrentamientos entre grupos rivales siguen provocando numerosos muertos [...] La ONU está destinando importantes fondos de ayuda al desarrollo, tratando de concentrarlos en la educación y la salud para que África pueda romper el terrible círculo vicioso de incultura, violencia, hambre y represión[...]».

En verdad, este texto haría las delicias de cualquiera que investigase su semántica, porque no hay una sola expresión positiva: pobreza, destrucción, guerra, corrupción, desastres, enfrentamientos, rivales, muertos, terrible, círculo vicioso, incultura, violencia, represión y otras de cariz similar que incluye el resto del pasaje. Si estos son los términos con los que se describe África ¿cuál será la imagen que se forme quien los lea?

¿Es esto todo lo que sabemos de África? Aparentemente así es, o eso al menos revelan los resultados del sondeo de Intermón arriba mencionado: el 24,9% de los encuestados no conoce ningún país africano, o como titulaba *El País* al hacer referencia a la

noticia el 8 de octubre de 1998: «El 25% de los españoles no sabe nombrar un solo país africano». En este contexto, tampoco debería haberme llamado la atención que el mismo periódico, el 4 de agosto de 1997, publicase un mapa de África en el que se pretendían señalar «Las antiguas colonias de Francia», pero que omitía 13 de ellas, mientras la República Democrática de Congo (antiguo Zaire) y Rwanda (ambas antiguas colonias belgas) aparecían como tales; o que en el pie de foto que describía la instantánea incluida en la noticia («La ‘grandeur’ se desmorona en África») se convirtiese al presidente de Togo, Etienne Gnassingbé Eyadema (por cierto presentado como Gnasimbe Eyadema) en «líder de Nigeria».

A menudo me pregunto en qué medida cambiarían nuestras opiniones sobre los africanos si supiéramos más de África, si realmente conociéramos su Historia. ¿Qué nos diría de la nuestra? ¿Nos atreveremos alguna vez a sumergirnos en ese pasado?

3. La otredad africana: temas para una composición

Si quieres saber quién soy,
si quieres que te enseñe lo que sé,
deja por un momento de ser quien eres
y olvida lo que sabes.

TIERNO BOKAR

Mientras voy descubriendo lo que apenas es la introducción al raudal histórico de África, me pregunto una y otra vez cómo es posible que nos haya permanecido oculto. Autores varios ofrecen diversas explicaciones, aunque esencialmente parecen apuntar al hecho de que nuestra forma de ver África y a los africanos está más relacionada con la manera en que nos vemos a nosotros mismos que con las particularidades africanas.

Es como si al construir nuestra identidad, ese peculiar nosotros los occidentales, hubiéramos erigido una atalaya desde la que contemplamos el mundo, incluidas esas personas a las que calificamos de *los otros*. Percibimos nuestra atalaya como encumbrada y creo que nos sentimos a gusto observando desde lo alto cómo el mundo bulle. Embelesados en esa contemplación, olvidamos con frecuencia un postulado de la geometría descriptiva: la perspectiva depende del punto de fuga elegido; o lo que es lo mismo, que el punto de vista, en su sentido más literal, determina la apariencia de aquello que se observa.

Nuestra atalaya, edificada con los elementos de nuestro acervo, nos proporciona una determinada forma de ver el mundo, aunque su pretendida altura también provoca el ensordecimien-

to que mencionaba en el capítulo 1. Entre nosotros, arriba, y los otros, abajo, imaginamos que existe una enorme diferencia, aunque en realidad la distancia, la línea divisoria, es tan tenue como frágil. Tal vez porque ha sido ‘fabricada’. O al menos, así prefiero considerarla, porque de este modo no pierdo la esperanza de que podamos transformarla.

3.1. El álbum de fotos

Y si me permiten, para explicar lo que antecede les contaré una historia. Cuando aún no había visitado el continente, la imagen de África que yo tenía podría compararse con el álbum de las fotos de familia de una amiga: de tanto ojearlo y escuchar historias, me resultaban conocidos lugares en los que nunca había estado y personas a las que jamás traté. Lo que yo sabía de ellos, no obstante, era lo que mi amiga me había contado, lo que ella había visto y percibido; en realidad, eran sus imágenes, o sea, algo más que el mero instante de un lugar o una persona captados por la cámara fotográfica. Aquellas imágenes tenían algo de mi amiga, algo de su forma de observar, de sentir, de pensar. Y estaban teñidas también por lo que se decía en su familia.

Aunque al contemplar las fotos todos ellos parecían coincidir en las evocaciones, lo cierto es que las más reiteradas no eran siempre las que más se ajustaban a la realidad. Así, la fotografía del tío Pedro, por ejemplo, provocaba un comentario unánime: «Sigue siendo un tacaño». Una característica, por cierto, que yo no podía ver en sus retratos, pero que, al cabo del tiempo me enteré, le habían adjudicado tras una desavenencia familiar. Y si bien el malhadado incidente le colgó de por vida el sambenito, ya antes tenía el hombre fama de raro.

Y se me antoja que algo parecido le ha ocurrido a África: los despropósitos históricos se han engastado sobre la extrañeza, la incomprensión, a veces incluso el miedo que produce descubrir otras formas de ver y entender el mundo. Al fin y al cabo, que otros entiendan e interpreten el mundo de un modo diferente al nuestro produce una cierta inquietud, aunque sea recóndita.

3.2. ¿Quiénes somos?

Personalmente confieso que me confunde, porque me desconcierta al tiempo que me orienta, considerar que todas las formas de ver y entender el mundo, esas múltiples y diversas *Weltanschauungen*, son respuestas alternativas a preguntas similares, preguntas *humanas*, en tanto en cuanto parece que todas las personas nos las planteamos.

De entre esas preguntas comunes, tal vez la primera es la que se refiere a nosotros mismos: ¿Quiénes somos? Intentando contestarla han surcado el tiempo miles de palabras y se han vertido ríos de tinta. Pero en esencia, lo que revela ese debate es la necesidad humana de identidad, una necesidad que surge y se alimenta de nuestras relaciones con los demás, porque es al relacionarnos con otras personas cuando nos preguntamos quiénes somos, en qué nos parecemos a los demás y qué nos distingue de ellos. Y aunque parezca una perogrullada, inferimos que «yo soy yo, porque no soy tú».

Probablemente es en el intento de establecer el límite primario entre ‘tú’ y ‘yo’ donde se gesta la importancia del nombre, ese nombre que todos tenemos o que nos dan, y por el que los demás nos reconocen, nos distinguen y consideran. Existen culturas en las que el nombre tiene un significado claro; por

ejemplo, en Zimbabwe, Farai (que en *shona*²⁷ significa ‘alegraos’) es un nombre relativamente común; en otras, como la occidental, ese significado se ha perdido en gran medida.

El nombre y el apellido nos identifican individualmente, pero también nos ubican, o sea, indican nuestro emplazamiento genealógico dentro de la sociedad, porque ambos nos vinculan con nuestros progenitores (amén del apellido que nos convierte en ‘descendiente de’, ¿cuántas personas no llevan el nombre de su padre, de su madre o de alguno de sus abuelos?). En algunos países, las mujeres toman el apellido de su esposo cuando se casan; en determinadas sociedades árabes, los hombres cambian o amplían su nombre cuando se convierten en padres (‘Abu’ antepuesto al nombre del hijo); y entre los *shona*, a una madre se le conoce como ‘Mai’ seguido del nombre del primer hijo o hija.

En las sociedades africanas son frecuentes los nombres añadidos. De acuerdo con el filósofo John S. Mbiti,²⁸ el primer nombre puede significar un hecho de trascendencia o un deseo para los padres, pero, con el tiempo, la persona puede recibir otros nombres que definan su carácter o den cuenta de hechos significativos en su vida, como en el caso de Julius Kambarage Mwalimo (maestro, profesor) Nyerere. Al final, «el nombre es la persona».

En esta línea, también es relevante el nombre que damos o que otros dan a la comunidad, a la sociedad, de la que, con mayor o menor grado de integración, formamos parte. Esa sociedad nos proporciona elementos y referentes (lengua, creencias,

27. Lengua que hablan los *shona*, uno de los pueblos que habita Zimbabwe.

28. John S. Mbiti, *African Religions and Philosophy*, Heineman, Londres, 1990, p.115.

costumbres, etc.) adicionales para definir lo que somos y lo que no somos.

En las culturas africanas tradicionales, para el autor arriba citado, la relación entre la comunidad y cada una de las personas que la compone es tan estrecha que bien podría sintetizarse diciendo: «yo soy, yo existo, porque nosotros somos y existimos; y porque nosotros somos y existimos, yo soy y existo».

En consecuencia, si yo —persona— existo porque existe la comunidad y esta —que es una sociedad de personas— existe porque existo yo, no es de extrañar que numerosos pueblos hayan utilizado, y en algunos casos todavía utilicen, la misma palabra para designar a su pueblo y para expresar el concepto de personas, como en el caso de los *khoikhoi* ('gente propiamente' u 'hombres de hombres'). Hay autores que interpretan esta definición como excluyente, como si quienes optan por tales denominaciones quisieran afirmar que únicamente son personas las que pertenecen a su comunidad.

Sin embargo, esa interpretación se me antoja aventurada, pues tal vez la definición no sea excluyente, sino inclusiva como la palabra *ubuntu*. Derivada de la raíz *-tu*, que viene a significar la esencia de lo humano, y de la que se deriva *bantu*, las personas, *ubuntu* se traduce generalmente por 'humanidad' y su expresión metafórica es *umuntu ngumuntu ngabantu*, las personas son personas por (medio de) otras personas.

Junto a estas sociedades, hay otras cuyo nombre está relacionado con su ubicación geográfica, como los *europeos* o los *swahili* (del árabe *sahel*, costa); o con la actividad que desarrollan, como los *boers* (del holandés *boer*, granjero/agricultor); a otras, el nombre les ha sido conferido por extraños, como en el caso de los *bosquimanos* (del afrikaans *bosjesmen* y que significa hombres del bosque, que hoy reciben el nombre de *san*), los

hotentotes (término considerado en la actualidad como despectivo y que antes utilizaban los europeos para designar a los *khoi* porque a los recién llegados les pareció que el comienzo de los saludos y canciones de los *khoi* empezaba con el sonido ‘hotentot’),²⁹ o los *kaffir* (término árabe –*kāfir*– que significa infiel, con el que los británicos designaron a los habitantes de la antigua Kaffraria –en español Cafrería– que en Sudáfrica se aplicaba por extensión a los negros, y cuya versión castellana, cafre, significa también bárbaro y cruel, zafio y rústico).

3.2.1. La palabra

Y entre los diversos rasgos por los que optan las sociedades para elegir el nombre propio o el ajeno, se encuentra la lengua. En unos casos, el nombre de la lengua es el nombre de la colectividad, o viceversa; en otros, la lengua común no se utiliza para denominarse, sino para definirse, para establecer los límites de la comunidad, como hicieron los griegos hacia el siglo V a.C. Para ellos, quienes no hablaban griego eran *bárbaros* (balbucientes), un término que cobró contenido (negativo) durante el periodo de antagonismo con los persas.

Autores contemporáneos como Zia Sardar, Ashis Nandy y Merryl Wyn Davis llegan incluso a decir que para los griegos «el lenguaje era la herramienta de la razón. Decir que alguien no podía hablar griego implicaba que no poseía facultad para razonar y que no podía actuar de acuerdo con la lógica, que su intelecto estaba poco desarrollado y que era incapaz de controlar

29. Emilia Potenza, *The Broken String: An integrated approach to southern African History*, Maskew Miller Longman, Cape Town, 1992, p. 47.

30. Zia Sardar, Ashis Nandy, Merryl Wyn Davis, *Barbaric Others*, Pluto Press, Londres, 1993, pp. 26-27.

sus pasiones, que, aunque pudiera entender la razón, no podía poseer la razón verdadera».³⁰ Pero tal vez esta afirmación tan contundente se deba en parte a la complejidad del término griego λογος (*logos*), que se traduce por ‘palabra’ o ‘lenguaje’, pero también por ‘razón’.

Sea como fuere, lo que me sugiere la importancia que los griegos daban a ese vocablo es la trascendencia de la *palabra*, porque son numerosas las tradiciones para las que en el principio sólo ella existía: «Al principio era la Palabra, y la Palabra estaba en Dios, y la Palabra era Dios» se dice en el prólogo del Evangelio de San Juan.³¹

Mientras los wapangwa de Tanzania cuentan que: «El cielo era enorme, blanco y despejado. Estaba vacío, no había estrellas ni luna; sólo un árbol en el aire, y el viento. El árbol se alimentaba de la atmósfera, y en él vivían hormigas. El viento, las hormigas y la atmósfera estaban gobernados por el poder de la Palabra. Pero la Palabra no era algo que pudiera verse. Era la fuerza que permitía a una cosa crear otra».³²

Y Amadou Hampâté Bâ, en la *Historia General de África*, señala que en el Komo, una escuela iniciática en la sabana sudanesa, se enseña que la Palabra, *Kuma*, era un atributo exclusivo de Maa Ngala (Dios), quien lo utilizaba para crear las cosas.

«Al principio sólo existía una nada viva en el Único Ser, que se llamó a sí mismo Maa Ngala. Él creó *Fan*, el huevo primigenio, que contenía los nueve estados fundamentales de la existencia

31. Jn 1,1, aunque en la versión castellana aceptada por la Iglesia Católica, el término *logos* del original griego, que en la versión latina aparece como *Verbum* (palabra), se ha traducido por Verbo.

32. Ulli Beier (ed.), *The origin of Life and Death. African Creation Myths*, Heinemann, Londres, 1966, p. 42.

en sus nueve divisiones. Cuando el huevo se abrió, ninguno de los seres salidos podía hablar. Así que para tener alguien con quien conversar, Maa Ngala tomó una porción de cada uno de aquellos seres y los mezcló, y exhalando fuego sobre la mezcla formó un ser aparte al que le dio un fragmento de su nombre, que significa Hombre». ³³

En las tradiciones orales, la palabra es mucho más que sonido: «hablar, nombrar, equivale a hacer, tomar o crear», dice Amadou Hampâté Bâ. Bien mirado, nombrar algo es hacer que exista eso que nombramos, porque al decir su nombre, al nombrarlo, lo ‘reconocemos’. Y el prodigio va más allá; no se trata únicamente de poner nombre a las cosas, en teoría cada uno de nosotros podría dar a cada cosa un nombre diferente al que le dan los demás (de hecho lenguas diferentes utilizan términos distintos para nombrar las mismas cosas), al nombrar algo, con un término cuyo significado compartimos con quienes nos rodean, también lo hacemos existente para ellos.

Y así, hablar la misma lengua, esto es comunicarnos utilizando los mismos códigos que nuestros interlocutores, nos aproxima a los demás. Como contrapartida, no poder comunicarnos, nos separa. Distintos pueblos han enfrentado el problema de maneras diversas: algunos han buscado la comunicación mediante lenguas francas (como el *swahili*, el *pidgin*) o criollas (como el criollo mauriciano –Isla Mauricio– o el zamboanguense de Filipinas); otros han aprendido las lenguas de aquellos con quienes se relacionaban, y otros han impuesto la propia de diferentes maneras.

33. Amadou Hampâté Bâ, «The living tradition», en J. Ki-Zerbo (ed.), *General History of Africa. I Methodology and African Prehistory*, Heineman/UNESCO, Paris/California 1981, p. 63.

3.2.2. Distantes, extraños y enemigos

Si el nexo de la palabra nos acerca, es precisamente la cercanía la que nos permite encontrar referentes para nuestra identidad. «Yo soy yo porque no soy tú; pero tú has de estar cerca para que yo te reconozca, para que te distinga, para que te perciba como diferente, aunque semejante». Cuando la proximidad se rompe, cuando aumenta la distancia, los contornos del otro se van desdibujando hasta resultar imperceptibles en algunas ocasiones .

Es entonces cuando, en un intento por precisar esos contornos desvaídos, imaginamos al otro y, paradójicamente, al hacerlo, lo desfiguramos. Tanto, que a veces ese otro llega a encarnar lo que nosotros no somos, todo aquello que por inconcebible, horrendo o anormal, no puede ser humano. A la inversa, que el otro ya no sea humano nos permite seguir estando seguros de que nosotros sí que lo somos. En este sentido, el otro con sus rasgos *inhumanos* nos proporciona los límites de la norma humana.

Así aparecen las ficciones, que se contaron y se cuentan, sobre otros seres con los que no se ha tenido contacto: sirenas, amazonas, centauros, *sciapodos*, *blemyae*, marcianos y extra-terrestres son sólo algunos de estos desconocidos. Pero quizá por su simbolismo, uno de los mitos más abominados y recurrentes sea el de los caníbales, que existe en un gran número de culturas. Y para ilustrarlo con un ejemplo contemporáneo, he aquí la anécdota que Nigel Barley relata en su obra *El antropólogo inocente*:

«Había llegado el momento de recibir los últimos consejos. Mi familia más cercana, completamente ajena a la ciencia antropológica, lo único que sabía era que estaba lo suficiente-

mente loco como para irme a unas tierras salvajes donde la gente vivía en la jungla, y que estaría constantemente amenazado por leones y serpientes, eso sí tenía la suerte de escapar de la olla. Cuando estaba a punto de abandonar el país Dowayo, me reconfortó oír de boca del jefe de mi aldea que con mucho gusto me acompañaría a mi aldea británica, pero que temía ir a un país donde siempre hacía frío, había bestias salvajes como los perros europeos de la misión y era sabido que abundaban los caníbales». ³⁴

Obviamente, si a los seres lejanos les atribuimos rasgos inhumanos, no es de extrañar que puedan llegar a infundirnos miedo, aunque este miedo se deba en parte al desconocimiento, que a su vez nace de la distancia. Esta no tiene por qué ser solo física, también puede ser emocional, con el agravante de que la distancia emocional puede construirse, igual que se construye un muro. De este modo, incluso los que hasta hace poco fueron nuestros vecinos pueden convertirse en seres abyectos, *inhumanos*.

No obstante, para que lleguen a infundirnos miedo, hemos de sentirnos amenazados por ellos. Y la percepción de la amenaza tiene un fuerte componente subjetivo. Básicamente el miedo es un mecanismo de defensa que nos alerta sobre posibles peligros —reales o imaginarios—, sobre amenazas a nuestra integridad y por ende a nuestra existencia. Al miedo lo apacigua la seguridad, la *percepción* de que contamos con los recursos adecuados y suficientes para enfrentarnos a ese peligro que nos amenaza. El grado en el que percibamos al otro como una amenaza, nos dará la medida de nuestro miedo, ¿de nuestra inseguridad?

34. Nigel Barley, *El antropólogo inocente*, Anagrama, Barcelona (8ª edición), 1995, p. 29.

Y con estos elementos —distancia, desconocimiento, adjudicación al otro de rasgos inhumanos, miedo, y algunos otros añadidos (agravios, necesidades no cubiertas, etc.)— cual si fuera una compleja fórmula de alquimista en la que la dosificación de los elementos y el método de elaboración determinan el resultado, se pueden forjar las imágenes de los *enemigos*. Enemigos que van desde el ‘opuesto’ hasta ‘el que tiene mala voluntad a otro y le desea o hace mal’, pasando por ‘el contrario en la guerra’.

Fruto de esa alquimia son las imágenes de los *bárbaros* en la Grecia del siglo V que pugnaba contra los persas y en la Roma imperial que lo hacía contra los galos, germanos, partos; de los *infieles*, musulmanes y judíos, durante el enfrentamiento medieval entre Oriente y Occidente; pero también las de los franceses para los españoles durante la Guerra de la Independencia; las de los comunistas para los capitalistas y viceversa durante la Guerra Fría; las de los hutu y los tutsi, las de los serbios y los bosnios, y las de tantos otros a lo largo de la historia.

Y me temo que a esos otros —enemigos, extraños, distantes—, ya sean reales o fabricados, los vemos como negativos de nuestro retrato: acompañantes no deseados, cuya existencia preferiríamos ignorar, relegando al olvido que somos nosotros mismos quienes los dibujamos y los designamos como referentes en la búsqueda y la construcción de nuestra propia identidad.

3.3. ¿De dónde venimos?

También cuando intentamos definir quiénes y qué somos, volvemos la vista atrás, hacia nuestros antepasados y allende. Y para esa ocasión todas las sociedades humanas cuentan con un legendario relato de los orígenes. En el acervo de cada una en-

contramos invariablemente una esmerada respuesta a la pregunta: «¿De dónde venimos?».

Para quienes nos hemos criado en el seno de la tradición judeo-cristiana, ese relato se encuentra en el Génesis y nos habla de cómo Dios creó el mundo y a sus habitantes, entre ellos, a las personas. Nos habla también de que puso al hombre, y a la mujer, en un jardín de delicias para que lo cultivase y guardase; del precepto que les dio a ambos, de cómo Adán y Eva transgredieron aquel mandato y de las consecuencias: la expulsión del Edén, el destierro y la condena a una vida de sufrimiento y de trabajo.³⁵

Entre los pueblos africanos, la creación del mundo y de las personas es también obra de la divinidad, una divinidad, sin embargo que apenas se describe, pero que tiene nombres propios. Puede ser Padre, pero también Madre. Al principio la divinidad vive con los seres humanos, o cerca de ellos, pero, al cabo de un tiempo y por causas para cada pueblo diferentes, Dios se aleja de las personas. En unos casos, el motivo es que la comunidad, o uno de sus miembros, contravienen alguna parte del acuerdo establecido; en otros, la divinidad se cansa de recibir peticiones, o de ser importunada continuamente; y en otros, el nexo de unión, por ejemplo entre el cielo y la tierra, simplemente se rompe.³⁶

La separación del cielo y la tierra trunca también la que hasta entonces había sido una plácida existencia para las personas, según algunos relatos como este de Nigeria:

«En el principio, el cielo estaba muy cerca de la tierra. En aquellos días los hombres no tenían que arar la tierra, porque

35. Gn 1-3.

36. V. John S. Mbiti, *op.cit.*, pp. 94-97.

siempre que tenían hambre les bastaba con cortar un trozo de cielo y comérselo. Pero el cielo empezó a enfadarse porque a menudo cortaban más de lo que podían comer, y tiraban lo que sobraba a la basura. El cielo no quería que lo tirasen a la basura, y por ello advirtió a los hombres que, si en el futuro no eran más cuidadosos, se alejaría.

Durante algún tiempo, todo el mundo prestó atención a la advertencia. Pero un día, una mujer codiciosa cortó un enorme pedazo de cielo. Comió todo lo que pudo, pero no era capaz de terminarlo. Asustada, llamó a su marido, pero él tampoco pudo acabárselo. Pidieron ayuda a todo el pueblo, pero no pudieron comérselo todo. Al final tuvieron que tirar los restos a la basura. Entonces el cielo se enfadó de verdad, y se alzó muy alto por encima de la tierra, más allá del alcance de los hombres. Y desde entonces los hombres han tenido que trabajar para vivir». ³⁷

El distanciamiento entre Dios y las personas supone en cualquier caso una pérdida. Al comparar los relatos de las tradiciones africanas y la judeo-cristiana, me maravillan las numerosas similitudes y me sobrecoge descubrir que la esencia del mensaje es diferente: en la mayor parte de las religiones africanas, Dios se aleja de la humanidad; en la tradición judeo-cristiana, la humanidad es desterrada. ³⁸

A mi entender, estas dos versiones del propio origen condicionan la relación que se establece con la divinidad, pero sobre todo la que se establece con el entorno, con la naturaleza: para los africanos es un ambiente familiar y conocido, aunque privado, eso sí, de la presencia divina; para los judeo-cristianos, es un mundo extraño y hostil.

37. Ulli Beier, *op.cit.*, p.51.

38. Zia Sardar et al. *op.cit.*, p. 25.

3.4. ¿Dónde estamos?

Tal vez sea en ese punto donde se enraíza la desconexión entre las personas y su entorno que se percibe en la cultura occidental, una desconexión que trasciende el mero entorno físico, o sea el espacio, para incluir otra coordenada de nuestra existencia: el tiempo.

El tiempo está fuera de nosotros, o eso pensamos, y generalmente lo percibimos como una especie de reloj universal, cuyo tictac marca los mismos lapsos para todos y para todo lo que existe. Si lo concebimos de este modo, como una coordenada externa y universal en su medición, lógicamente necesitamos calcularlo para ubicarnos a nosotros mismos en él, para saber dónde estamos.

Y así construimos la cronología, la «ciencia que tiene por objeto determinar el orden y fecha de los sucesos históricos; la manera de computar los tiempos».³⁹ Esto nos permite figurarnos la historia como una sucesión de hechos instalados en una línea recta, en cuyo principio, todavía sin fechar, establecemos el origen y cuyo final es el infinito, la eternidad.

Pero esta representación es como el mapa de un lugar. Los mapas y planos son representaciones del espacio, pero no son el espacio (la región, la ciudad, la casa). Somos conscientes de que mapas y planos son meros dibujos a escala reducida y en dos dimensiones (largo y ancho) de algo que es mucho mayor y además tiene tres dimensiones. Nunca se nos ocurriría confundir el mapa con el lugar.

Y, sin embargo, parece que a menudo confundiéramos el

39. Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Espasa Calpe, Madrid, 1992.

tiempo con la cronología. Esta identificación de la cronología con el tiempo nos lleva a percibirlo como acotado a una línea: el tiempo se torna lineal y unidimensional. Entonces, las únicas opciones aparentemente viables en nuestra existencia son avanzar o retroceder, ¿qué otra cosa puede hacerse si se camina por una línea?

En esta conceptualización, la historia se convierte en el recorrido de la humanidad, una humanidad condenada a avanzar o retroceder, de modo que, si no aprende de sus errores pasados, involuciona y se ve obligada a retomar su andadura en el punto del yerro.

Es en el marco de esta estimación del tiempo en el que conceptos como el de *civilización*, *progreso* o *desarrollo* adquieren su sentido. Un sentido no exento de riesgos, pues puede llevar a concluir que no existen otras alternativas que no sean progresar o perecer.

Si además de imaginar el tiempo como lineal y unidimensional, lo entendemos como algo externo puede que se nos asemeje a una cinta transportadora cuyo recorrido y velocidad escapan a nuestro control, aunque en ocasiones nos aferremos a la ilusión de que al andar más deprisa por ella podemos detener su avance. ¿Es una ilusión o es tal vez la intuición de que la teoría de Einstein es cierta: que a mayor velocidad la marcha del tiempo se reduce, aunque, para que así sea, haya que superar la velocidad de la luz?

En cualquier caso, la percepción del tiempo como esa cinta transportadora que quisiéramos controlar nos empuja al vano intento de perseguir al mismo tiempo que nos lleva. En ese afán por prenderlo llegamos a convertir el tiempo en un bien material del que pudiéramos disponer. Y así, hablamos de *ganar tiempo* o de *perder el tiempo*, también podemos *matar el*

tiempo y a menudo *no tenemos tiempo*. Ideas que se condensan en la célebre frase de Francis Bacon: «el tiempo es oro», y que Benjamin Franklin apostilló: «Si el tiempo es lo más caro, la pérdida de tiempo es el mayor de los derroches».

Esta concepción del tiempo llevada al extremo de la ficción es la que presenta Michael Ende en su novela *Momo*: un mundo en el que los «banqueros de tiempo» instan a la gente a abrir cartillas de ahorro para guardarlo y atesorarlo.⁴⁰

Aunque resulte extraño, esta concepción del tiempo no es universal. En las culturas africanas tradicionales, el tiempo no se identifica con la cronología. Como señala E. Boubou Hama en el capítulo 2, volumen I, de la *Historia General de África*: «Cuando el tiempo no se computa de manera estricta, parece incluir y abarcar la eternidad, tanto hacia atrás en el pasado como hacia delante en el futuro. No es como un río con un nacimiento y un curso claramente identificados, es más bien un océano sin límites. Por eso una acción puede iniciarse en cualquier lugar y, sus efectos sentirse dondequiera. [...] el pasado puede tener una relación directa con el presente».⁴¹ Y yo añadiría, que con el futuro.

Pero además, continúa el mismo autor, «En el omnímodo pensamiento de los africanos, el tiempo es el campo en el que el hombre siempre puede mantener la pugna contra el desgaste de su ser, su salud y su fuerza, representada en la familia, las tierras, el pueblo, etc. En el ‘animismo’ africano el tiempo es un lugar cerrado, un mercado en el que las fuerzas que acechan la tierra se apiadan unas de otras y negocian una tregua. Estas

40. Michael Ende, *Momo*, Thienemann Verlag, Stuttgart, 1973.

41. H.E. Boubou Hama, «The place of history in African society», en J. Ki-Zerbo (ed.), *General History of Africa. I Methodology and African Prehistory*, Heineman/UNESCO, Paris/California 1981, p. 16.

fuerzas han de ser continuamente contenidas, controladas, encauzadas, empleadas y movilizadas mediante una especie de ingeniería mental al servicio del individuo o del grupo».⁴²

En esta concepción, el tiempo no se pierde, ni se mata, ni se da, ni se gana, ni se posee; el tiempo se hace, como si nuestras vidas fueran el agua que de continuo se vierte en el inmenso océano del tiempo. Y cada experiencia, cada acción que vertemos en ese océano tiene sus consecuencias, igual que las vibraciones que producen las gotas de lluvia al caer en un estanque.

El tiempo y su cálculo son aquí cosas diferentes. Y este último se establece en relación con fenómenos cósmicos o sociales, sobre todo si son recurrentes. Esta idea me sugiere, lejos de nuestra concepción lineal, la forma de una espiral. Imagínense un muelle: si lo miramos desde arriba, puede parecernos una circunferencia que se traza una y otra vez; pero si lo miramos desde otro ángulo, veremos algo completamente diferente. Así, en un momento de nuestra propia vida podemos tener la sensación de que hemos vuelto a un punto en el que ya habíamos estado, aunque en realidad es otro porque, a pesar de no darnos cuenta, hemos avanzado.

42. Ibid. pp. 20-21.

4. Tiempo, historia y perspectiva

Jamás se desvía uno tan lejos
como cuando cree conocer el camino

PROVERBIO CHINO

Todo lo arriba expuesto no explica sin embargo por qué en relación con África aún hoy podemos seguir leyendo párrafos como el que sigue:

«La descolonización fue prematura y los nacionalismos creados fueron algo semejante a colocar una bomba cargada en la manos de un niño. Fue un disparate entregar la política y la economía a unas organizaciones tribales existentes como única estructura real. El resultado es el natural en casos semejantes: dictadores de bajo nivel político, corrupción escandalosa, destrucción de infraestructuras, ruina económica y genocidios brutales en luchas tribales. [...]Es necesario una tutoría para esos pueblos y dirigentes con mentalidad infantil».⁴³

¿Qué nos ha llevado en Occidente a ese convencimiento de que los africanos son infantiles, inferiores? De distintos autores he tomado diferentes explicaciones, que ordenadas cronológicamente resultan en la siguiente secuencia:

Si partimos de la base de que el germen de la ‘civilización occidental’ se encuentra en la Grecia y Roma antiguas, sería allí donde podríamos rastrear el origen de nuestra actitud. En esta

43. El conde de Montarco, «El asalto a Europa (I)», ABC, 5 de julio de 1998.

línea se argumenta que el concepto greco-romano de *bárbaros* define a estos como inferiores, puesto que se les niega el don de la palabra y en consecuencia la capacidad de razonar, amén de otras características impropias de griegos o romanos, quienes a su vez se definen por oposición a los primeros en una comparación que siempre presupone una superioridad permanente. Una superioridad asumida y retroalimentada que en el Imperio romano justifica la incumbencia para dominar el orbe.⁴⁴

Se arguye también que el convencimiento judeo-cristiano de ser ‘el pueblo elegido’ confiere a los miembros de esa tradición un cierto aire de superioridad, y que desde esta perspectiva se convierte a los *infielos* en ‘enemigos de la fe’, a los que hay que convertir o combatir. Una divisa en tantas ocasiones instrumentalizada con fines políticos o económicos, como los de conquistar territorios, y que llega incluso a justificar la esclavitud.

Y si bien la esclavitud es practicada por numerosos pueblos, empezando por los griegos —como demuestra, por ejemplo, el intento de Aristóteles de justificar razonadamente la teoría de la esclavitud natural de los pueblos bárbaros— o los cristianos de la Edad Media, lo cierto es que la trata, esto es el comercio de esclavos que se lleva a cabo entre los siglos XVI y XIX, tiene características singulares por sus vastas repercusiones económicas, sociales y políticas en todo el mundo.

Pero además, la trata implica un cambio cualitativo en el juicio sobre otros y, como dice Basil Davidson, los argumentos esgrimidos para justificarla reflejan una progresiva degradación

44. Cf. Antonio Duplá, «El bárbaro en Roma», en Antonio Duplá, Piedad Frías e Iban Zaldúa (eds.), *Occidente y el Otro: una historia de miedo y rechazo*, Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz, 1996, pp. 17-32.

moral.⁴⁵ Porque la trata de esclavos en masa, como si de mercancías al por mayor se tratase, convierte a esas personas en meros objetos de compraventa y como tales, carentes de toda dignidad humana: los esclavos vendidos y comprados cual material no pueden ser personas, ¿cómo si no podría aceptarse moralmente semejante despropósito?

La justificación ideológica se va consolidando de tal modo, que incluso los ilustrados del siglo XVIII, a pesar o precisamente en razón de los conceptos universalizadores del Hombre y de su libertad y dignidad intrínsecas, aceptan y sancionan el comercio del ‘marfil negro’, para lo cual se ven obligados a justificar la imperfección de los africanos frente al resto de la Humanidad.

Es también en plena Ilustración cuando se gesta la moderna noción de progreso, entendido este como un avance unilineal y acumulativo, o sea un desarrollo gradual y siempre en la misma dirección, de la ciencia y de las artes. En esta concepción, los *salvajes* se hallan y permanecen al margen de dicho proceso y por lo tanto se encuentran más cerca del medio natural que de la cultura civilizada.

Paradójicamente, el movimiento abolicionista, que para algunos autores entronca con las ambiciones políticas y económicas del Imperio británico, es el que a su vez fomenta en los defensores de la esclavitud la búsqueda de pruebas que corroboren la inferioridad de los negros. Y es en las Ciencias Naturales, en auge desde la Ilustración, en su ansia por clasificar a los seres vivos, en sus estudios sobre las razas y sus diferencias, donde las encuentran.

En esta línea, no es de extrañar la aparición del darwinismo social que, con sus postulados sobre la inevitabilidad del progre-

45. Basil Davidson, *The Search for Africa*, op. cit., p. 340.

so, la supervivencia del más fuerte y la lucha por la supervivencia, sigue alimentando el concepto de negro como ser inferior.

Y así, piedra sobre piedra, se van llenando de contenido dos términos que se convierten en antitéticos: civilización y salvajes. El primero contiene la idea de progreso según el modelo de la sociedad europea; el segundo define a ‘quienes viven en un estado primitivo y a los que todavía no ha llegado la civilización’.

Esta es la antítesis que utiliza el imperialismo de mediados del siglo XIX con el fin de justificarse como ‘un medio para promover y extender el cristianismo, el comercio y la civilización entre pueblos todavía sumidos en la barbarie y la idolatría’.

Engarzada con la idea de progreso se encuentra también la teoría del desarrollo de Rostow, expuesta en 1960 en su obra *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista*. Rostow concibe el desarrollo como un proceso lineal que lleva al nivel de desarrollo actual de los países desarrollados, valga la redundancia. Para él se trata de una simple sucesión de cinco etapas (sociedad tradicional, paso a las condiciones previas para el despegue, despegue propiamente dicho, tendencia hacia la madurez tecnológica, y era del consumo de masas) que todo país debe seguir para llegar a la meta del modelo occidental actual. Y es al calor de esta teoría donde se gestan los términos de ‘desarrollo’ y *subdesarrollo* (hoy políticamente menos correcto que ‘en vías de desarrollo’).

Al presente, subdesarrollados, salvajes, infieles y bárbaros parecen poblar cual sombras amenazadoras la mente de quienes alientan las actuales tendencias a reducir, si es posible a cero, la inmigración a Europa y a Estados Unidos. Me pregunto qué miedo se esconde tras esa actitud, ¿no estará también alimentado por una sensación de culpa –jamás aceptada, nunca reconocida– por haber sometido a otros injustamente?

Sea como fuere, la secuencia anterior, con toda su validez y coherencia, no termina de convencerme; es como si en el enorme rompecabezas que intento montar, me hubiera equivocado en la colocación de alguna pieza: algo no termina de encajar. Probablemente, esa secuencia está condicionada por la forma lineal de entender el tiempo, que a su vez influye en la idea de que todo movimiento es consecuencia de una acción anterior (y no varias), como si a nuestro concepto de historia intentásemos aplicarle el principio físico ...

Pero no es solo eso. De pronto, caigo en la cuenta de que esa mi secuencia peca de lo mismo que intenta impugnar: ¡me faltan los otros!

Me faltan quienes en cada una de esas inflexiones del devenir fueron contracorriente, quienes de un modo u otro disintieron del ‘pensamiento único’ que prevalecía a su alrededor. ¿Por qué sus voces no tuvieron eco? ¿Por qué se impusieron precisamente las contrarias?

Pero sobre todo, en mi secuencia me faltan las personas que desde África se relacionaron con la Grecia y la Roma antiguas; me faltan aquellas que tuvieron contacto con los israelitas, desde su estancia en Egipto hasta el, hoy constatado, vínculo con el reino de Saba; me faltan los africanos que participaron en las Cruzadas, como San Mauricio, y los súbditos de los reinos como el de Malí, que Abraham Cresques indica en su mapa, o de aquellos señalados en los portulanos catalanes y mallorquines de los siglos XIV y XV; me faltan las reacciones de quienes vivieron la trata de esclavos, la colonización, el reparto del continente africano, la descolonización y el desarrollo.

Aunque bien es verdad, que estas relaciones y reacciones han sido recogidas por Basil Davidson, y sobre todo por el Comité Científico Internacional de la UNESCO encargado de ela-

borar la *Historia General de África*. Pese a lo cual mi rompecabezas sigue sin encajar porque todo lo arriba expuesto, merced a lo pensado y expresado por mentes más ilustres que la propia, no impide que sigamos ahogando en el olvido, o peor en el desdén, a millones y millones de personas.

Bibliografía

- Barley, Nigel, *El antropólogo inocente*, Anagrama, Barcelona (8ª ed.), 1995.
- Beier, Ulli (ed.), *The origin of Life and Death. African Creation Myths*, Heinemann, Londres, 1966.
- Chomsky, Noam, e Ignacio Ramonet, *Cómo nos venden la moto*, Icaria, Barcelona, 1995.
- Cortés López, José Luis, *Los orígenes de la esclavitud negra en España*, Ediciones Mundo Negro/Universidad de Salamanca, Madrid, 1986.
- Davidson, Basil, *The Search for Africa. A History in the Making*, James Currey, Londres, 1994.
- *The Story of Africa*, Mitchell Beazley, London, 1984.
- Duplá, Antonio, Piedad Frías e Iban Zaldúa (eds.), *Occidente y el Otro: una historia de miedo y rechazo*, Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz, 1996.
- Gayre of Gayre, R., *The Origin of the Zimbabwe Civilization*, Galaxie Press, Salisbury, 1972.
- Hugon, Anne, *La gran aventura africana, exploradores y colonizadores*, Ediciones B.S.A., Barcelona, 1998.
- Mbiti, John S., *African Religions and Philosophy*, Heineman, Londres, 1990.
- Ortega, Rosa, y Juan Roig, *Demos I. Historia Universal. Antigua y Media*. Editorial Vives-Vives, Barcelona, 1969.
- Pereira Castañares, Juan Carlos, y Pedro Antonio Martínez de Lillo, *Documentos básicos sobre la historia de las relaciones internacionales (1815-1991)*, Editorial Complutense, Madrid, 1995.

Pereyra, Verónica, y Luis María Mora, *Literaturas africanas. De las sombras a la luz*, Ed. Mundo Negro, Madrid, 1998.

Potenza, Emilia, *The Broken String: An integrated approach to southern African History*, Maskew Miller Longman, Cape Town, 1992.

Rousselot de Surgy, Jacques-Philibert, *Mélanges intéressans et curieux, ou Abrégé d'histoire naturelle, morale, civile et politique de l'Asie, l'Afrique, l'Amérique, et des terres polaires*, Tomo X, Lacombe, Paris, 1766.

Sardar, Zia, Ashis Nandy y Merryl Wyn Davis, *Barbaric Others*, Pluto Press, Londres, 1993.

Starr, Chester G., *Historia del Mundo Antiguo*, Akal, Madrid, 1974.

V.V.A.A. (International Scientific Committee for the drafting of a General History of Africa), *General History of Africa* (8 volúmenes) (edición abreviada), Heineman / UNESCO, Paris / California, varios años.

Escrita por historiadores africanistas de gran prestigio, entre ellos, J. Ki-Zerbo, C. Anta Diop, A. A. Mazrui, la obra hace un exhaustivo repaso a la historia de África desde la prehistoria hasta la actualidad: 'Metodología y Prehistoria' (vol. I); 'Las antiguas civilizaciones de Africa' (vol. II); 'Africa del siglo VII al XI' (vol. III); 'Africa del siglo XII al XVI' (vol. IV); 'Africa del siglo XVI al XVIII' (vol. V); 'Africa en el siglo XIX hasta 1880' (vol. VI); 'Africa bajo el dominio extranjero 1880-1935' (vol. VII); 'Africa desde 1935' (vol. VIII).

La obra, traducida parcialmente al español, se encuentra descatalogada en su formato de libro de papel. Existen ediciones abreviadas (excepto el tomo VIII de la edición inglesa que es completo) y en rústica en francés —editada por Présence Africaine, Edicef / UNESCO— e inglés —editada por James Currey/California/UNESCO—. Además, se puede acceder a ella en diferentes idiomas a través de la librería digital de la UNESCO, <<https://unesdoc.unesco.org/home>>.